

LA VIDA  
TRAGICOMEDIA DE LA VIDA UTIL  
en Tres Actos y en Prosa  
original de  
EMILIO S. BELAVAL

**ES PROPIEDAD DEL AUTOR**

**DERECHOS RESERVADOS**

**DEDICATORIA:**

**A MI HIJO JOSE EDUARDO S. BELAVAL  
GONZALEZ, MI ADORADO JOSE GUALITO.**

PERSONAJES

JOHN

ANDREW

HENRY

ELENA

JEREMIAS

OLIVER

CHRISTIAN

RICARDO

ELIZABETTA

JONATHAN

POLLO CARTAGENA

UN PIANISTA

PEMROSE

ARTUS

ALEC

GUS

PETER

CARLITOS

MABEL

CAROL

ANITRA

Epoca actual, en cualquier parte del mundo donde la ciudad se  
le haya impuesto al hombre.

## ACTO PRIMERO

ESCENARIO CON DOS SALAS COMUNICADAS AL CENTRO POR UNA PUERTA DISIMULADA TRAS UN CORTINAJE QUIMÉRICO. LA SALA A LA IZQUIERDA DEL ESPECTADOR, LUJOSA Y CENTELLEANTE; LA OTRA, A LA DERECHA, DISCRETA Y AMBARINA. EN EL AREA DONDE SE DESARROLLE EL DIALOGO HABRÁ LUZ VIVA, QUEDANDO MIENTRAS TANTO LA OTRA SALA SUMIDA EN UNA PENUMBRA QUE SOLO PERMITE ADIVINAR LAS SILUETAS DE LOS CUERPOS. UN FORILLO DE RASCACIELOS AGRESIVOS DESTACADOS SOBRE UN FONDO LUMINICO QUE A VECES RECOGE LOS REFLEJOS DE LUCES DISTANTES. PRIMERA HORA DE UNA NOCHE DE VERANO. LUCES EN LA SALA DE LA IZQUIERDA.

EN ELLA APARECEN LOS HERMANOS SILVER: JOHN, ANDREW Y HENRY, VESTIDOS DE FRAC, SIN DUDA DETENIDOS EN SU CAMINO HACIA UNA CENA FASTUOSA EN UN CLUB DE MILLONARIOS. JOHN, ES UN PERFECTIBILISTA ACOSTUMBRADO A ESA PREEMINENCIA QUE DISFRUTA UN POTENCIADO EN UN MUNDO INDUSTRIAL, CUANDO SU CONCEPTO UTILITARIO DE LAS COSAS SE SIENTE SOSTENIDO POR CIERTA CONCEPCION RELIGIOSA DE LA INUTILIDAD DEL DESTINO HUMANO. ANDREW, ES UN PRAGMATICO IRREMEDIABLE, TAN DURO EN SUS JUICIOS ETICOS COMO SU HERMANO JOHN, PERO POR RAZONES MAS PEGADAS A LA TIERRA; TAL VEZ SUS CEJAS DEBEN SER MAS HIRSUTAS, SU VOZ MAS AGRIA Y SUS MODALES MAS VIOLENTOS. HENRY, POR EL CONTRARIO, SE HA PERMITIDO CIERTAS CAVILACIONES SOBRE EL MUNDO QUE LO RODEA. SU PELO CANO Y CIERTO DESALÍÑO QUE SE OBSERVA EN LA FORMA COMO SE HACE EL LAZO DE LA CORBATA, ANUNCIAN EN EL UNA DIALECTICA MAS PULIDA. LA FORTUNA REBRILLA HASTA EN EL CHAROL DE SUS BOTAS. ESTAN SENTADOS, ENVUELTOS EN EL HUMO DE UNOS HABANOS LLENOS DE VOLUTAS Y GUARISMOS. DE FRENTE AL ESPECTADOR, ESTA ELENA SILVER, HIJA DE JOHN, SOBRINA DE ANDREW Y DE HENRY. ELENA SILVER ES ESA HERMOSA ESTATUA QUE PUEDE ESCULPIR UN HÁBITO SUNTUARIO CUANDO NO SE OLVIDA DE LA HIGIENE, UNA ESCUELA DE MODALES Y UNA DIETA RIGUROSA. SUS OJOS ARROGANTES ESTAN SOÑANDO REBELARSE CONTRA SU APACIBLE DESTINO.

A SU DEBIDO TIEMPO, JEREMIAS GOULD, EL MARIDO DE ELENA, BUEN ENTENDEDOR DE LA VIDA Y MAL ENTENDEDOR DEL CÍRCULO AUREO AL CUAL PERTENECE DESDE QUE NACIO. SE DESENVUELVE CON CIERTA HOLGURA ELEGANTE DENTRO DE UN FRAC QUE CASI CONSTITUYE SU SEGUNDA PIEL. TIENE LA BOCA AZULENCA Y EL TEDIO ESTRUCTURAL QUE SÓLO CONOCE EL ALCOHOLICO IRRESOLUTO. MAS TARDE, OLIVER, FIGURA NOBLE PERO INEXPRESIVA, CON CIERTO ORDEN EN EL ESPIRITU, PERO DE UNA PATÉTICA INCAPACIDAD CUANDO PRETENDE EVADIRSE DEL OSCURO RINCÓN DE SU ARTESANIA ARTÍSTICA.

EN TODAS LAS ESCENAS DE LOS DOS PRIMEROS ACTOS, SIGUIENDO LA ONDA NATURAL DEL DIÁLOGO, ESTARÁ SIEMPRE MOVIÉNDOSE LA FIGURA MAJESTUOSA DE UNA BELLA MUJER, ESCUCHANDO PROFUNDAMENTE CUANDO SE HABLA A UN ALREDEDOR. NADIE SE PERCATA DE SU PRESENCIA Y TODOS HABLAN COMO SI ELLA NO EXISTIESE. POR AHORA LA LLAMAREMOS LA ENAJENADA. HA DE SER MUJER DE UNA FUERTE PRESENCIA, FORMAS ROMÁNICAS, CABELLOS REFULGENTES; SUS OJOS AMOROSOS IMPLORAN, SE CONMUEVEN, SE INDIGNAN, SE HORRORIZAN, SEGÚN LO EXIJA LA GAMA DRAMÁTICA. COMO SERIA PENOSO MANTENER ESTA CARACTERIZACION SIN UN PROCESO MENTAL SOSTENIDO, HE INCLUIDO COMO DIÁLOGO INTERIOR PARA SER PENSADO, LO QUE ELLA DIRÍA SI PUDIESE HABLAR.

E s c e n a P r i m e r a

La Enajenada, Andrew, John, Henry y Elena; mas tarde Jeremías; después ~~de~~ Oliver. La Enajenada al fondo, pegada a la pared con los brazos cruzados en la espalda, tal como ha debido morir Juana en la hoguera, refleja en su rostro la noble angustia que consume su alma.

ANDREW - Todo parecía estar tan eficazmente organizado: nuestras fábricas, nuestros mercados, las rentas de la familia; esta casa, los muebles, hasta el matrimonio de Elena con Jeremías. Y ahora.....

JOHN - Hay que admitir que Jeremías Gould no es un marido perfecto.

ANDREW - Un marido imperfecto puede ser un buen hombre de negocios, tener amistades importantes en la plaza.

HENRY - Además Jeremías posee cierto humorismo útil. Recuerdo la última reunión sobre la consolidada, cuando todo acuerdo parecía imposible, aquella frase suya tan oportuna:- No pueden ustedes imaginarse lo grotesco que se ve un hombre que discute visto a través de una copa de ginebra.- Todos reímos y nos encaminamos al bar. Al día siguiente estaban firmados los contratos.

JOHN - Nunca he sentido una gran estimación por mi yerno. No fue selección mía. Para Elena hemos podido escoger un marido mejor aunque no resultara tan brillante. Pero las recriminaciones nada podrían mejorar la situación absurda en que Elena nos ha colocado.

ELENA - He creído mi deber hacerles saber que estoy irremediablemente enamorada de otro hombre.

JOHN - Planteas tu problema con una simplicidad imposible de concebir en el mundo complejo que nos rodea. Jeremías es el quinto fiduciario de un fideicomiso constituido por la mayor parte de nuestras fortunas. Tiene los poderes extravagantes que se le pueden conceder al yerno de una familia respetable.

Todo quedó planeado para medio siglo y ahora....

ELENA - Ahora vengo yo, con mi pequeña alma trastornada, a destruir cuanto había logrado la admirable previsión de ustedes.

ENAJENADA (diálogo interior) - Cuidado, Elena; aprende de ellos, de su comedimiento, de su serenidad. Están furiosos pero saben como guardar su compostura.

ANDREW - No pretendemos ser demasiado severos contigo, sobrina. Para un capitalista, la pasión de una de las mujeres de su casa, es algo así como un riesgo previsto. Lo que nos tiene francamente consternados es tu intención de abandonar la casa de tu marido, solicitar mañana un divorcio ambiguo, casarte otra vez con un hombre totalmente desconocido para nosotros. Un divorcio como el que te propones, dejaría esta casa temblando como una hoja.

ELENA - Temblando de amor estoy yo.

ENAJENADA - (diálogo interior) - Calma, Elena, calma. Nunca podrían entender tus apasionadas palabras.

HENRY - Se me ocurre pensar que todo este enojoso asunto, puede resolverse fácilmente, si logramos salvar las formas. Podría intentarse una especie de amistad platónica, un noviazgo prudente, mientras tenemos oportunidad de entendernos con tu marido. Así la gente se acostumbraría a considerar como algo nuestro, a un hombre que ahora les parecería un advenedizo procaz, casi un malvado.

ENAJENADA (silenciosamente indignada) - '!Henry!'    '!Henry!'

ANDREW - Una pasión así, una pasión irrefrenable como la que tú nos has pintado, no la espera nadie de una familia de nuestro rango financiero. Los inversionistas gustan de tener sus caudales manejados por viejas familias virtuosas, inductrinadas por los sermones del pastor.

JOHN - Además tendremos que reunir ciertos datos, estudiarlos con absoluta frialdad. La única forma de no dramatizar viciosamente una situación equívoca como esta, es someterla a un método inflexible; quizás al mismo método que utilizamos en nuestras operaciones bursátiles.

HENRY - Es más fácil adivinar un riesgo en los números que en el corazón de una mujer.

*absoluta*



ANDREW - Tal vez logremos conseguir algún experto, un experto en pasiones incomprensibles, algún psicólogo con sensibilidad.

ELENA - No sé si en este momento debo sentirme humillada o dolida. Nunca los consideraré capaces de disponer de mí, con la misma frialdad con que puede determinarse cual es el sitio donde luciría mejor un mueble de lujo. De todos modos, quiero decirles francamente que esta vez de nada les valdrá su infalible método. Es más quiero irme con él esta misma noche.

JOHN - Hasta tu collar de perlas se ha ruborizado al oírte hablar así.

HENRY - Al menos, ¿podemos saber quien es él?

ELENA - Es un restaurador de cuadros antiguos. Se llama Oliver.

JOHN - ¡Elena! ¿Como has podido tú entrar en relaciones con un artesano?

ELENA - Lo encontré en una tienda de antigüedades. Estaba lloviendo copiosamente, y el tedio de la lluvia, me incitó a observar su delicado trabajo. Al levantar sus ojos hasta mí, se reflejó en su cara la sorpresa del ser oscurecido, que de pronto, ve como se llena su mundo de luz. Yo no estaba acostumbrada a una mirada tan limpia como aquella. Desde entonces todos cuanto me han mirado no han hecho otra cosa que ofenderme con su mirada. Poco a poco, las cosas se fueron borrando a nuestro alrededor. Sólo existíamos sus ojos y yo. Otro día tuve que pasar por allí. Estaba en la puerta como un náufrago, esperándome en medio de un océano de caras inexpresivas. La tercera vez, yo fui en su busca.

JOHN - Yo te creía más emocionalmente sana.

ELENA - Sus manos son maravillosas.

JOHN - ¡Sus manos! ¡sus manos! ¿De que sirven unas manos en el siglo en que vivimos? Yo he mandado a diseñar unas máquinas tan sorprendentes que ya no necesitaré de las manos de nadie. Haber invertido ochenta millones en una maquinaria casi perfecta, para que ahora un solo par de manos, pretenda destruir toda mi trabajosa obra.

ANDREW - Creo que debemos enterar a Jeremías de este asunto inmediatamente. (Sale en su busca)

HENRY - Todavía confío en tu cordura, Elena. No es que no entienda estas cosas del alma. Sabes que de todos mis hermanos, fui el último en aceptar que la sociedad no es otra cosa que la vitrina de la impotencia del ser humano, y vivir dentro de ella, una manera de enajenarse como otra cualquiera. El hombre más libre del mundo está tan sujeto a este destino como el vegetal más oscuro. Yo creía que el secreto de la libertad estaba en mantenerse pobre, alejado de toda vanidad, fuera de la moral que sostiene a la otra gente. Pronto hube de darme cuenta que mi pan era pan de cenizas y mi vino, ánfora de hastío.

ELENA - No me interesa la libertad; me basta con el amor.

HENRY - El amor también depende del aire que respiran los demás. Nadie puede vivir en soledad de amor sin matar al amor mismo. El amor es el punto de referencia desde el cual miramos al mundo que nos rodea, tratando de descubrir aquello que merece ser amado y lo que merece ser despreciado. Si te encierras en una gran pasión, y tratas de olvidarte de todo lo demás, es como si cegaras de los ojos, tu cuerpo se tornara sordo, tu alma inútil.

ELENA \* (vacilando) - Tío Henry.

(Salen Jeremías y Andrew. Jeremías trae en la mano el vaso de ponche de ron con especias mas grande que pueda soportar la mano del hombre.)

JEREMIAS - Se trata de Oliver, ¿no?

JOHN \* (con severidad) - ¿Sabías tú algo de esto?

JEREMIAS - Mi esposa ha tenido la galantería onírica de mantenerme enterado de su lucha por librarse de un adulterio, a mi juicio, irremediable.

ANDREW - ¿Por qué no nos advertiste a tiempo?

JEREMIAS - Querido tío Andrew, a hombres tan feroces como ustedes, no se les puede entregar ese espejismo interior de la vida que es el sueño. El sueño es una larva del ser que se mueve en un mundo demasiado confuso.

JOHN - La moral de Elena es también asunto nuestro.

JEREMIAS - Si hay en el mundo algo que nos pertenezca, con exclusión de todos los demás, son nuestros sueños.

HENRY - ¿Por qué consideras el adulterio de Elena irremediable?

JEREMIAS - Durante los tres años de nuestro matrimonio, mi esposa no ha hecho otra cosa que insultarme mientras dormía. A través de esos sueños suyos tan contradictorios, tan honestos, he aprendido a despreciarme profundamente, a pesar de no haber cometido otro error, que haberle permitido a ustedes deformar mi vida a su mejor conveniencia. Cuando empezó a olvidarse de mí para soñar con Oliver, sentí cierto alivio melancólico: -ahora insultará al otro-, pensaba. Más para sorpresa mía, empezó a insultarse a sí misma. No tardé mucho en desarrollar una admiración sombría por un ser que luchaba en el fondo hermético de su existencia, por librarse de todos nosotros; no añado a sentir amor, porque no tengo la costumbre de transgredir las formas, ni aún en los momentos más incómodos.

ANDREW - Tú nos dirás, entonces, que se puede hacer.

JEREMIAS - Se pueden hacer muchas cosas, pero me temo que ustedes no han pensado nada más que en una: como librarse del ridículo, de la ruina.

JOHN - Hablas con una ligereza indigna de un hombre que tiene tan serias responsabilidades.

JEREMIAS - Lo único que jamás logrará de mí esta respetable familia es imponerme su estilo oratorio. ¿Cuales son esas responsabilidades?

ANDREW - ¿Que pensarán de nosotros las personas que nos han entregado sus capitales?

JEREMIAS - Podría devolverse hasta el último centavo y todavía nos sobraría lo suficiente para pasar el resto de nuestras vidas nadando en oro.

JOHN - Pero nuestra nación, nuestra posición ante un mundo que nos admira, ¿no valen nada?

JEREMIAS - Ante la felicidad de Elena, nada valen. Si no es para amparar nuestra propia felicidad, de que nos ha servido almacenar una gran fortuna, esclavizar a media humanidad en un sueño de grandeza, haber perturbado el orden emocional de nuestra propia familia.

HENRY - Es que también debe existir una ética para los poderosos.

JEREMIAS - Cuidado, tío Henry, estás comprometiendo seriamente tu porvenir capitalista. La ética surge de la necesidad de desarmar la cultura de la violencia. No creo que debemos acordarnos de ella después de habernos aprovechado hasta el fin de todas las formas prolíficas de la violencia. Pero no teman, no voy a aprovecharme de mi absurda ventaja para obligarles a oír el monólogo de mi tedio estructural. Aquí la cuestión es muy sencilla: Elena ama a Oliver, Oliver idolatra a Elena; Elena quiere irse con Oliver y Oliver la está esperando; si esto no puede hacerse sin que tiemblen las estructuras de nuestro poder, entonces, nada de lo que nos rodea, vale la pena.

JOHN - Siempre tuve por tí una repugnancia instintiva y ahora sé por qué: tú eres un amoral.

JEREMIAS - El insulto necesita de cierta ingeniosidad que tú no posees.

ANDREW - Tal vez estás buscando una solución hábil para un cálculo siniestro.

JEREMIAS - Voy a demostrarte enseguida la poca consistencia que tiene tu malicia. Yo traje a esta familia una incapacidad innata para el atropello y dos millones de pesos. A mi esposa le dono en este momento, como mi regalo para sus nuevas bodas, uno de mis dos millones. Pueden ustedes ordenarles a los matemáticos de la malicia que preparen los papeles que yo deba firmar.

ELENA (desarmada) - Jeremías.

JEREMIAS (besándole la mano con una finura inesperada) - Que seas muy feliz, Elena. Te prometo formalmente beberme a tu salud, el otro millón que me queda.

JOHN - Esto es una pesadilla. La vida se me ha quedado sin sentido. Yo necesito ver al pastor.

JEREMIAS - ¿Para qué, mi estimado suegro? El pastor te repetirá lo que tantas veces nos ha dicho a todos. Te hablará de un mundo sombrío, en el cual la gente no tiene derecho a la felicidad.

Te dirá que la vida es la amarga aventura de un alma que se sabe imperfecta. Te dejará convencido que el amor es una de las formas de provocación de que suele valerse el libertinaje de los sentidos. Todos hemos sido amaestrados en esa escuela del desencanto vital. Hasta el obrero más humilde de tus fábricas sabe que para el pecador no hay redención posible. De todo esto nos hemos lucrado bastante, aunque ahora no nos guste recibir el flagelo en nuestra propia carne. El pastor condenará a Elena, me condenará a mí, condenará a Oliver, que en este monumento de cristal y acero en que vive enjaulada tu perfectibilidad, sólo cuenta con unas manos de artista.

JOHN - ¡Jeremías!

JEREMIAS - Pero tú quedarás exonerado por el pastor. Te has portado rígido, fuerte, incommovible. Como un nuevo Goliat podrás emprender nuevos negocios, gigantescos negocios, aunque los seres sensibles que cándidamente te confiaran su destino, no reciban un solo resplandor de tu omnipotencia.

JOHN - Te ordeno callar.

JEREMIAS - Con una sincera admiración de doctrino te digo que un alma como la tuya, sólo puede perecer en medio de un cataclismo.

HENRY - Escucha, Jeremías. Yo puedo entender tu mal humor, tu orgullo lastimado. Mas en este asunto todos estamos obligados a ser razonables los unos con los otros. Hay que serlo con Elena, hay que serlo contigo, pero también con nosotros. En este momento no debes ser nuestro crítico, sino nuestro aliado.

JEREMIAS - Perdona, Tío Henry. Liquidada ya como lo está, la cuestión relativa a mis intereses, en este asunto, sólo me interesa Elena.

ANDREW - Si hubieses desarrollado ese interés hace tres años, hoy no nos veríamos comprometidos de esta manera.

JEREMIAS - La noche que Elena y yo llegamos al altar, no se había cruzado entre nosotros una sola frase de amor. Fué un matrimonio a ciegas, casi un tanteo a nuestra resignación. Algunas noches en que pude contemplar sus hombros desnudos con sorpresa de ena-

morado, siempre había algún negocio urgente que atender, la necesidad de serle agradable a una dama otoñal, cuajada de brillantes lascivos, o el compromiso de ir a un club nocturno con un vaquero vestido de frac. ¿Creen ustedes que a una mujer como Elena se le puede hacer el amor en una madrugada alcohólica? Varias veces me detuve frente a su puerta, confundido, contrariado, sin saber que hacer.

ELENA - Yo quiero renunciar a mis rentas, quiero renunciar a todo.

JEREMIAS - No, Elena; no sueñes con mojar ~~el~~ <sup>esta</sup> pico en la fuente y salir volando como una alondra. Tú ~~estás~~ tan comprometida como nosotros. Me temo que Oliver, también tendrá que resignarse a vivir de una manera distinta. Es como si de pronto se viera dueño de un hermoso cuadro que alguien le ha confiado restaurar. Un hermoso cuadro no puede vivir en una buhardilla con goteras. Todos debemos ayudarte para que Oliver no tenga que sentirse humillado ante su hermosa compañía.

ANDREW - Es necesario hablar con ese hombre inmediatamente. Esta sociedad no toleraría ver la hija de un financiero tendiendo ropas remendadas en un patio oscuro. ¿Quién se fiaría de nosotros si tal cosa sucediese?

JOHN - Puesto que ha de ser Oliver, ese hombre tiene que subir hasta lo que nosotros somos. Habrá que conseguirle una oficina de tres puertas, con letras doradas en cada puerta. Es lo menos que debe exigir nuestro honor.

ELENA - No, padre, no; jamás lo consentiré. Lo que ustedes pretenden podría destruir a Oliver para siempre, robarle el porvenir de sus manos, destruyendo de paso, mi propio ensueño. ¿No se han dado ustedes cuenta, que soy yo la que necesita huir de todo esto, que no podría soportar por más tiempo el destino artificial a que he estado sometida?

ANDREW - (con voz cavernosa) - Ese será tu castigo, sobrina. Algun precio habrás de pagar si pretendes desertar tu propio mundo.

ELENA (corriendo hacia la puerta) - !Oliver! !Oliver!

(Tal parece que la noche estaba esperando esas palabras, porque en la puerta aparece Oliver.)

*MSA.*

OLIVER (con firmeza) - Buenas noches, Elena.

ELENA - !Oliver! !Protéjeme! !Llévame contigo!

OLIVER - A eso he venido, Elena.

(Los tres hermanos Silver hacen un grupo hosco, asombrados, a pesar suyo, de la catadura humilde, inexpresiva de Oliver. Jeremías trata de romper la tensión.)

JEREMIAS - Creo que debemos presentarle nuestras disculpas al caballero por esta recepción tan poco afortunada. Este caballero es John, padre de Elena; sus tíos Andrew y Henry. Yo soy Jeremías, el marido.

OLIVER - Yo soy....

JEREMIAS - Oh, no tiene por qué presentarse, formalmente al menos. Todos aquí sabemos quien es Oliver. Por mi interés en este asunto, he procurado enterarme de ciertos pormenores. Sé que nació usted en Gales y estudió su oficio en Holanda; más tarde trabajó en Florencia antes de pasar al Vaticano. Llegó de polizonte en el Antea; usa el pasaporte de un emigrante que encontró muerto en el puerto. No tiene por qué preocuparse: no fué una muerte violenta. Sé que es usted sobrio, honesto, reconcentrado; pocos amores, lo cual significa que está capacitado para vivir una gran pasión. Además es usted una verdadera autoridad en la reconstrucción de madonnas. He visto personalmente su trabajo para la colección Whitney. Excelente trabajo, no hay duda. Sólo que esta vez tendrá que reconstruir una madonna de carne y hueso, una madonna un tanto desilusionada.

OLIVER - ¿Por qué me habla usted así? No estoy dispuesto a tolerar sus impertinencias sobre Elena.

JEREMIAS - Tendrá que sufrirlas por algunos minutos más, puesto que interesa llevarse una mujer, hasta cierto extremo, mía.

OLIVER - Vine en la creencia que Elena ya había hablado con ustedes.

JEREMIAS - Lo ha hecho y con una elocuencia aterradora. Más contrario a lo que suele suceder en estas ocasiones, el único voto que hasta ahora ha conseguido Elena, es el mío.

OLIVER - Elena es una mujer moralmente libre y puede volver a escoger el hombre que le señale su corazón.

JEREMIAS - Si sigue usted haciendo uso de palabras tan rudimentarias, no lograremos entendernos. La libertad es una palabra demasiado silvestre. Desde Adán hasta nuestros días, todos estamos algo trabados por cosas creadas desde afuera o desde adentro. Pero ahora, sólo debemos atender las cosas exteriores que configuran la esclavitud de Elena.

JOHN - Basta ya de ideas extravagantes. Ha de saber usted, señor mío, que Elena tiene veintisiete millones de pesos asignados en nuestra organización.

JEREMIAS - Perdona usted, estimado suegro, tiene veintiocho millones.

OLIVER (contrariado) - ¡Veintiocho millones!

ANDREW - Comprenderá usted que no es fácil evadirse de la red que crea una gran fortuna en torno a una vida.

OLIVER - Pero si Elena renuncia a esa fortuna....

HENRY - Eso ha intentado hacer, más tal cosa no se estila en nuestro mundo. Si nosotros aceptáramos esa locura, la sociedad nos consideraría como unos estafadores que se han aprovechado de la pasión de una mujer para enriquecerse.

OLIVER (un tanto perdido) - Yo quiero a Elena; no me interesan sus millones.

JEREMIAS - Pues ya que su interés es por Elena, ayúdenos usted a salvarla. Una mujer que renuncia veintiocho millones por una pasión, casi pierde su decoro. Por donde quiera que pase habrá un fotógrafo tratando de invadir su intimidad. Algunos pensarán que se trata de una maniática sexual, indigna del respeto de la gente virtuosa.

OLIVER - Elena es demasiado respetable para encontrarse a merced de esas sospechas.

ELENA (desesperada) Oliver, no los escuches. Todo esto es una estratagema para separarnos. ¡Huyamos ahora; todavía hay tiempo!

OLIVER - Quizás tengan un poco de razón.



*J. P. ...*

ELENA (desplomándose) - Todo se ha oscurecido de repente.

(Oliver ya no la escucha... La idea de que su amor pueda destruir a Elena lo tiene sobrecogido. Da unos pasos meditados e inseguros; quiere rebelarse y no se atreve. La Enajenada se vuelve hacia la pared, distante y enigmática.)

OLIVER - ¿Cuál es la proposición de ustedes?

HENRY - (conciliador)- Puesto que Elena ha desarrollado un interés tan inesperado por el arte de la pintura, fundaríamos un museo de madonnas, unas madonnas modestas pero legítimas, algunos cuadros flamencos, algo de lo menos discutido en pintura modernista. Usted podría ser el director de ese museo. Si aún tuviera interés en ello, se le instalaría un pequeño taller para su artesanía artística, pero en algún rincón oscuro del museo. La gente se acostubraría a oír su nombre.

ANDREW - Así entraría a formar parte del círculo de nuestras amistades. Un artista como usted no tendría por qué vestir su mundo con el mismo rigor que se nos exige a nosotros.

JOHN - Todos en esta vida debemos sacrificar una gran parte de nuestro albedrío, si pretendemos seguir el imperativo de algún ideal. Aunque no le interese su porvenir, por lo menos debe interesarle el porvenir de su arte.

HENRY - Después de todo no son tan irreconciliables como parecen los ideales artísticos con los afanes prácticos. Ustedes, los artistas, sueñan con perpetuar ciertas formas ideales de la realidad; nosotros, los hombres prácticos, no hacemos otra cosa que trasladar esos sueños a las estructuras. ¿Por qué hemos de sentirnos enemigos los unos de los otros?

OLIVER (reaccionando) - Yo no entiendo de esas cosas. No sabría como emplear mis manos en un asunto tan baladí.

ELENA (esperanzada)- Es lo que esperaba de tí, Oliver.

OLIVER (deprimido otra vez) - ¡Veintiocho millones! ¿Podrá una mujer olvidarse de veintiocho millones en un momento de desencanto?

ANDREW - ¿Podrá usted olvidarse de ellos aún en sus momentos de mayor pureza?

OLIVER - No sé, no puedo conjeturar cuales han de ser mis pensamientos con la misma precisión que ustedes pueden hacerlo. Todo parece tan difícil.

JOHN - Supongo se sentirá usted tan comprometido como nosotros en este asunto.

OLIVER - Yo vine por Elena. Huiré con ella a una aldea donde no exista esta sociedad sombría que ustedes se han inventado.

ANDREW - ¿De que sirve una artesanía artística en una aldea?

OLIVER - Trabajaré la tierra. Puesto que mis manos están proscritas, se las entregaré a la tierra.

HENRY - Si Elena lo ama no permitirá que sus manos de artista se malogren en una tarea de gañanes.

OLIVER - Pero el amor, ¿no vale nada en el mundo de ustedes?

JOHN - Puede <sup>lograr</sup> lograr la dirección de un museo para un hombre enamorado.

OLIVER - Siempre que estuviera dispuesto a enajenarle su pundonor de hombre a una hembra rica. Si yo aceptara la dirección de ese museo, tendría que pasearme por sus salas profundamente avergonzado.

HENRY - Compare su mortificación con la miseria a que quedaría condenada Elena. ¿Cree usted que una mujer tan cultivada, tan inútil como ella, podría sentarse en un corro de aldeanas a desgranar habas o a tejer calceta? No, Oliver. La pobreza es un altruismo que hay que poseer desde la cuna.

OLIVER - !Elena! !Elena!

ELENA - Yo te previne contra sus palabras. El amor hay que mantenerlo fuera de la razón.

JEREMIAS (entristecido) - Por lo visto al amor de una millonaria sólo debe aspirar un hombre cínico.

JOHN (con severidad) - ¿Quieres callar?

JEREMIAS - No me callo; no he debido callarme nunca. Por un momento ha venido el amor a pasarnos su mano fresca por la frente, y <sup>lo</sup> el único que hemos hecho es espantarlo con nuestra crueldad, una crueldad envuelta en unas formas verbales muy pulidas, muy sensatas, aparentemente generosas, pero en el fondo extremadamente egoístas.

ANDREW - Ya empezaron las palabras, las inútiles palabras a desfigurar la verdad a su antojo.

JEREMIAS - Perdonanos, Elena; usted también, Oliver.

OLIVER - No sé que pensar. Cuando venía hacia aquí toda la vida era Elena. Nada existía fuera de ella. De pronto he sabido que hay otras cosas, unos seres que tienen derecho a oprimirnos, a invadirnos por todas partes.

ELENA (con bravura) - Vuelve a tu ensueño, Oliver.

OLIVER - Ahora Elena no es Elena. Elena es un nombre, una fortuna, unos rascacielos cabeceando sus luces rojas en la niebla, un crimen para la conciencia.

JEREMIAS - Elena es como un sueño de madonnas, interrumpido.

ELENA - Vuelve a tu taller, Oliver.

(La Enajenada toma de la mano a Oliver y con la misma ternura con que una hermana mayor conduciría de la mano a un niño, lo lleva lentamente hacia la puerta. La cara de Elena se torna dura, cerrada hacia adentro. Las cosas se le van escurriendo de las manos como si se hubiese quedado muerta de pie.)

OLIVER (desde la puerta) - Adiós, Elena.

ELENA - Adios, Oliver. (Sale Oliver)

JOHN - Gracias a Dios, una vez más he podido salvar la moral de mi casa.

JEREMIAS - Y lo has hecho con una ferocidad digna de una loa de Plutarco.

HENRY - Creo que hemos hablado demasiado; son muchas palabras para una sola noche. Nadie debe fiarse de ellas. En el fondo de cada palabra late un agresión.

ANDREW - Las cosas vuelven a colocarse en su sitio con la misma serenidad que muestran esas imponentes estructuras creadas por nosotros.

JOHN - (con voz de mando) - Cada cual a cargar con su cruz, de nuevo.

JEREMIAS - No, mi estimado suegro. Hay por lo menos un habitante de tu mundo perfecto, que no está dispuesto a resignarse.

HENRY - Jeremías, ¡por favor! La noche ha sido extremadamente laboriosa. ¿A que continuar avivando nuestros antagonismos?

JEREMIAS - Juro por mi honor de borracho, el único pedazo de respetabilidad inmaculado que poseo, no guardarle rencor a ninguno de los caballeros presentes. No obstante, quiero desligarme totalmente de ustedes.

ANDREW - Eso sería un desatino. Ahora resulta que tú eres más contradictorio que la propia Elena.

JEREMIAS - Yo soy el marido a quien Elena desprecia.

ELENA - No creo que llegara a despreciarte nunca. Lo único que he hecho es negarte mi amor.

JEREMIAS - Entonces, yo soy el marido a quien Elena no puede amar. En este asunto que ustedes consideran tan pequeño, pueden surgir complicaciones imposibles de preveer. Puedo enamorarme yo de Elena, y con mis afechanzas sentimentales hacer de su vida un infierno. Puede enamorarse Elena de mí, sin que yo logre desterrar de mi alma su amor por Oliver. En situaciones como estas, alguien tiene que salir por los fueros de la decencia humana, aunque todo parezca un disparate.

ENAJENADA (con su diálogo interior) - No la abandones, Jeremías; no la dejes a merced de estos seres fantasmales.

ANDREW - Siempre le he tenido horror a las sutilezas con que suele adornarse el despecho.

JEREMIAS - Juro otra vez, por mi honor de borracho, no sentir otra cosa por Elena que no sea una fraternal admiración tal vez un poco de amor, incómodo, algo confundido, pero amor al fin. Con que a trabajar los papelistas.

ANDREW - Tal vez no nos convenga en este momento, liquidar tus intereses en nuestra organización.

JEREMIAS - Basta <sup>con</sup> que me permitan ustedes girar contra su cuenta, el millón que me queda. El otro es mi regalo a Elena.

ELENA - ¿Como podría yo aceptar semejante cosa?

JEREMIAS - Como se puede aceptar el regalo de una persona que no debe pretender obligarnos a nada. Yo tampoco he debido aceptar el matrimonio con una mujer que nunca me dijo que me amaba. Natural es que todos recojamos ahora el fruto extravagante de nuestro escepticismo. Acéptalo, Elena, te lo suplico. Si he de beberme el otro millón que me queda, necesitaré tener entre los labios el nombre de una mujer hermosa.

ELENA - No me parece razonable para tí.

JEREMIAS - El mundo que nos rodea nunca será razonable para nosotros. Adios, hermosa Elena.

ELENA # (bajando la cabeza) - Adios, Jeremías.

(Se va Jeremías, apurando el fondo de su gigantesca copa. Los tres hermanos Silver hacen un grupo hiératico, frente a las luces cambiantes de las torrecillas holandesas de sus rascacielos. Elena los contempla hasta que ve desaparecer su quietismo humano entre las estructuras monolíticas que se asoman por la ventana. La Enajenada sale cabizbaja y confundida de la sala de la izquierda y se dirige a la sala de la derecha.)

8

LUCES EN LA SALA DE LA DERECHA. EN ELLA APARECEN: CHRISTIAN, UN VIEJO ROBUSTO EMIGRANTE DE PRINCIPIOS DE SIGLO, CON EL VIGOR MORAL Y LA TIERNA DUREZA DEL HOMBRE LARGAMENTE TRABAJADO POR LA DESVENTURA; RICARDO, NOVIO DE ELIZABETTA, LA HIJA DE CHRISTIAN, CORRECTO, CONFIADO, PRESA FÁCIL DE LAS CIUDADES SIN ALMA. MAS TARDE ELIZABETTA, UNA HERMOSA MUCHACHA, CON SU POSITIVISMO DE GRAN CIUDAD UN TANTO ADORNADO POR CIERTA DISTINCIÓN INNATA, CAPAZ DE MIRAR LA VIDA CARA A CARA. POR ÚLTIMO JONATHAN, ENDEBLE DE CUERPO PERO BLINDADO POR LA FILOSOFÍA MATERIALISTA DE SU SIGLO. ES UN HOMBRE EFICIENTE, DESHUMANIZADO, CON UNA FRÍA MALIGNIDAD EN LOS OJOS; NO OBSTANTE, SUSCEPTIBLE AL PÁNICO SI TIENE QUE ENFRENTARSE CON PROBLEMAS HUMANOS.

CHRISTIAN - ¿Sabes quien está ahí con tu novia?

RICARDO (mortificado) - Es Jonathan, ¿no?

CHRISTIAN - Sólo que éste no vino en el vientre de un ballenero como su padre, sino en vagón de ferrocarril. En mi pueblo se hubiera convertido en el hazmerreir de los guasones; aquí es un hombre influyente.

RICARDO - ¿Como llegó ese hombre aquí?

CHRISTIAN - No pude negarle la entrada. Su padre es un viejo conocido mío; emigramos juntos en el mismo barco. Por algunos años compartimos la dura vida del emigrante, silenciosamente odiados por los nativos. Un día hubo necesidad de hacerle una trapisondería a un hombre venerable que hacía negocios con nuestra fábrica. Yo rehusé hacerlo; él se ofreció de voluntario. Ahora la fábrica es del padre, según me ha dicho el hijo.

RICARDO - No debe usted avergonzarse de eso.

CHRISTIAN - Nunca me he arrepentido de haberlo hecho. Además era yo joven, tenía colgada al cuello una crucesita de hueso, regalo del buen cura de Bristol, unos brazos fuertes. A la vuelta del camino encontré una granja donde me dieron trabajo. No tardó en llegar el ferrocarril. Pasaba todas las noches como un demonio enloquecido, frente a la granja. Nadie más se detuvo a comprar nuestros vegetales: ahora compraban los de otros condados, algunos mejores que los nuestros. El día que el granjero tuvo que despedirme tenía lágrimas en los ojos. Yo lo estreché entre mis brazos, como si estuviera despidiéndome de un padre desgraciado.

RICARDO - ¿Por qué me cuenta usted esas cosas, Christian? Yo pertenezco a un mundo más estable, regido por otros criterios, por leyes económicas distintas.

CHRISTIAN - Te ruego dejarme concluir. En el tren encontré un libro abandonado. Durante el camino no hice otra cosa que devorarlo. Allí se hablaba de un orden perfecto, el mundo de la mecánica, un orden que lo mismo serviría para el hombre que para los objetos. Yo me sentí profundamente conmovido. Era como si hubiese descubierto un secreto divino, un profundo equilibrio entre una humanidad rebelde y una naturaleza hostil. Tan pronto llegué a la ciudad, encontré trabajo.

RICARDO - Siempre he creído que un hombre útil nada tiene que temer.

(Desde el interior se oyen las risas de dos jóvenes, una risa de hombre petulante y vulgar, otra de mujer sincera y regocijada. Ricardo se extremece como si hubiera recibido un latigazo en pleno rostro. La Enajenada sale rápidamente a acallar las risas. Cuando éstas se moderan, la Enajenada regresa, intrigada.)

CHRISTIAN - Encontré algo más. Una noche fui a visitar a unos irlandeses, amigos de mi padre. En el hueco de un sofá descubrí un ser maravilloso. Tú has oído de dríadas y de ninfas, y algunas veces como lo hacía yo, habrás sonreído, pensando que no es posible existan seres tan perfectos. Pues en aquel sofá, mirándome con un honesto interés, había uno de ellos. Nuestro noviazgo fue corto. Todos los parques de esta ciudad podrían hablarte de nuestro confiado retozo. Algunas veces, cuando me siento perdido, voy a sentarme bajo los mismos árboles donde ella solía recostarse a descansar del frenesí de la risa.

RICARDO - ¿Era la madre de Elizabetta?

CHRISTIAN - Sí. Yo era entonces Superintendente de Planta y todo parecía sonreír en torno mío. Un día recibí una orden incomprensible para mí: debía despedir al empleado más eficiente que tenía bajo mis órdenes. Creyendo que se trataba de un error, fui a ver al Gerente. Nunca se me olvidará la figura de aquel ser repugnante. Hoy, para desgracia mía, casi me lo he encontrado de visita en mi propia casa. Era un hombre pulcro, vestido de gris, con un clavel blanco en la solapa. Sus ojos fríos, rapaces, inteligentes, helaban a quien los mirara. Sus manos huesudas, con unas uñas bruñidas hasta el resplandor, parecían diseñadas para destripar empleadillos. El plan del Gerente era un poco extraño: lo que él interesaba era proteger al despedido; para éste no habría más porvenir en la organización; además había llegado al tope del sueldo permisible. Era mejor dejarlo libre, por si acaso, alguna otra organización tenía necesidad de un empleado como él. Entonces comprendí la treta: cada aumento de sueldo en aquel sistema, era un paso más hacia la cesantía. Protesté indignado, pero recibí una respuesta seca: - Despidalo, y ponga en su puesto al asistente: - Dos semanas más tarde fui yo el que recibió el aumento. Tres meses después me tocó a mí el sorteo.

*sueldo*  
RICARDO - Pero, ¿como se puede penalizar a un hombre por su eficiencia, por su laboriosidad?

CHRISTIAN - Te lo cuento para que veas que no hay mucha diferencia entre el mundo de los mecánicos y el mundo de los oficinistas. (Pausa dolorosa)

RICARDO - Siga usted, Christian.

CHRISTIAN - Es difícil regresar a ser capataz de brigada después de haber sido Superintendente de Planta. Casi no se atreve uno a mirarle la cara a la gente. Mi hogar empezó a llenarse de sombras. Algunas noches lavaba yo la ropa para que mi pobre mujer descansara, pero cada día su cara iba tiñéndose de un color que sólo conocen los pinceles de la muerte. Aquel invierno fue lento, rencoroso. Las veces que podíamos trabajar, regresaba a mi casa anhelante, temiendo encontrar cerrados para siempre, unos ojos que eran para mí, como dos cielos tibios. Al morir ella, decidí regresar a mi patria. Por varios días vagué por los muelles con la pequeña Elizabetta entre los brazos, sin encontrar barco. Una noche escuché una voz misteriosa cerca de mi hombro. Era una mujer hermosa, de ojos



refulgentes. Hablaba un lenguaje extraño, lleno de salmodias y admoniciones. Me dijo que había visto a unos barcos perdidos en una niebla enrojecida.

ENAJENADA (Espantada, pidiendo perdón con el gesto) - Fuf yo, Christian; ¡perdóname!, ¡perdóname!

RICARDO - ¿Quién podría ser esa mujer?

CHRISTIAN - Mil veces la he maldecido sin saber siquiera su nombre. Temblando de espanto regresé a la ciudad. No quiero contarle el resto por no entristecer más su ánimo. Todavía estoy aquí, con el alma mugrienta, tiznado hasta las entrañas, pero resuelto a terminar mi obra. Ahora no se trata de mí, se trata de Elizabetta.

RICARDO - Sabe usted que quiero hacerla mi esposa. Casualmente hoy he recibido mi tercer aumento, seguridades de la administración.

CHRISTIAN - Eso quiere decir que estás a las puertas de la cesantía.

RICARDO - Venía tan contento a comunicarles la noticia. Después de todo, usted y su hija son la única familia que tengo en esta ciudad. Por eso intereso casarme cuanto antes.

CHRISTIAN - Pues cástate con ella pero con una condición: llévátela de aquí, enseguida.

RICARDO - ¿A donde podría ir? La tierra donde uno nace no debe abandonarse nunca. Después es difícil volver. Emigrar es como una hazaña, una especie de prueba para el carácter, la hombría, la nostalgia. ¿Que podría decir al regreso?

CHRISTIAN - Véte a mi tierra. Tengo el suficiente dinero para protegerte por bastante tiempo.

RICARDO - Además, ¿por qué abandonar una ciudad en el mismo momento en que empieza a mostrársenos propicia? A lo mejor los métodos han cambiado con el tiempo. La actual revuelta del mundo es muy ancha y muy profunda. Aquí la vida es dura, más la vida siempre se le rinde al más virtuoso.

ENAJENADA (con sus labios de sombra) - Escúchalo, Ricardo, escúchalo. Los viejos son como los libros tristes, una imagen fértil de la desesperanza.

CHRISTIAN - Entonces Elizabetta se casará con Jonathan.

RICARDO - Elizabetta me ama tiernamente. ¿Cree usted que Jonathan puede hacerla más feliz?

CHRISTIAN - No lo creo, por eso estoy tratando de arrebátarsela. Pero Jonathan es el hombre que siempre sabrá como dominar a esta ciudad. Es diestro, sutilmente sanguinario, deshumanizado. En cambio tú eres un perfecto caballero: tienes toda la nobleza y la inseguridad del perfecto caballero. Te creo capaz de hacer las cosas más correctas, más sublimes. Ahora mismo estás sufriendo porque mi hija tiene que ser amable con un rastacueros. Si Elizabetta se casa contigo, tendrá que trabajar entre muchos rastacueros, algunos peores que Jonathan.

RICARDO (altivo) - ¿Me cree usted incapaz de defenderla?

CHRISTIAN - Te creo capaz hasta de matar a quien la ofenda. Pero aquí no estamos discutiendo las generosas maneras de vivir, sino las groseras formas que a veces la vida nos impone.

RICARDO - No sé...no sé. También habría que contar con ella.

CHRISTIAN - Déjame hablarle yo. Sal tú mientras tanto a entretener al muñeco de feria ese. (Llamando) Elizabetta. (Sale Ricardo); (Pausa tensa; entra Elizabetta)

ELIZABETTA - Nunca me dijiste que fueras tan amigo del padre de Jonathan.

CHRISTIAN - No te lo dije porque nunca fui tan amigo de él como te ha dicho Jonathan.

ELIZABETTA - Jonathan me ha contado muchas cosas del tiempo en que su padre y tú trabajaban en la misma fábrica.

CHRISTIAN - Perdona, hija. Se trata de algo urgente: ¿Quieres casarte con Ricardo?

ELIZABETTA - Claro que sí, padre; soy su novia desde hace bastante tiempo.

CHRISTIAN - Ricardo quiere casarse contigo, pero yo le he impuesto una condición: que tan pronto se casen abandonen esta ciudad.

ELIZABETTA (riendo discretamente) - Entonces, ¿de que se trata: de un matrimonio o de una fuga?

CHRISTIAN - Oyeme, Elizabetta. Este es un momento extremadamente difícil para los tres. Te suplico sacudir la risa que todavía camina por tu cuerpo.

ELIZABETTA - Perdóname, padre.

CHRISTIAN - No pretendo imponerte mi autoridad paterna. Sé que esta es una de las cosas que hay que rendir ante la aparición de otra conciencia. Ricardo es un hombre como deben ser los hombres: capaz de respetar el amor

como un sacramento, cumplir con su deber hasta caer rendido de fatiga, morir defendiendo el honor de su casa. En cualquiera otra parte del mundo, la vida descansa sobre los hombros altruistas de esta magnificiencia humana. Aquí no. En esta ciudad, Ricardo estará siempre perdido.

ELIZABETTA (alarmada) - ¿Te lo ha dicho él?

CHRISTIAN - Se lo he dicho yo a él.

ELIZABETTA - Pero aquí también hay vida.

CHRISTIAN - Depende de lo que tú entiendas por vida.

ELIZABETTA - Hay trabajo, goce, libertad. Mi cuerpo es resistente, mi alma clara; nadie se inmiscuye en mis gustos.

CHRISTIAN - Empecemos por el trabajo. ¿Trabajas en algo que conserve alguna huella de tu voluntad, de tu paciencia, de tu virtud? En este sentido eres más infeliz que esos modestos albañiles, que al terminar una casa, inscriben sus nombres en las paredes del patio. En mi tierra hay encajes que todavía recuerdan las manos que los bordaron.

ELIZABETTA - Bueno, ese es un riesgo que correríamos hoy en cualquier ciudad.

CHRISTIAN - Hay ciudades en que no es así, en las cuales el destino del ser humano se respeta, aunque la civilización resulte menos brillante.

ELIZABETTA - Entonces, ¿por qué me siento tan feliz dentro de este mundo?

CHRISTIAN - Porque nunca te han permitido pensar en ti misma. Esa es la clave mágica de esta ciudad: cada día suceden cosas tan espectaculares que llega uno a olvidarse de su propio ser. Hablaste del goce como si constituyera una razón suficiente para enajenarte. ¿Cuál es tu goce? ¿Comer de lo que te sirve una máquina o te escatima un proveedor? ¿Beber? Las aldeanas de todo el mundo, en una noche de invierno, podrían reírse de tu inocencia. ¿Caminar a solas por una ciudad, tragándote las palabras que Dios te puso en la boca para repartirlas como pequeños símbolos de tu gracia de mujer?

ELIZABETTA - Más la libertad, padre; la libertad es siempre hermosa.

CHRISTIAN - ¿Cuál es tu libertad? ¿De que te sirve haberte librado de un Tirano, a quien podrías reconocer y protegerte a tiempo de su rencor, si no sabes como defenderte de otra tiranía peor que te acecha desde el fondo de la vida misma? El hombre más precioso del mundo es aquel que sueña con arrebatarse su libertad a otro. Las ideas que sostienen a las tiranías son como esas palomas mensajeras que van y vienen hasta el día de

caer rendidas en el suelo. La otra es una tiranía sin cabeza, que incluso ambiciona mantenerte alegre, sana, útil pero es para robarte la vida, poco a poco. ¿De que te sirve la libertad, si te quitan la vida?

ELIZABETTA - No sé, no sé... Todas esas razones deben ser buenas cuando se tienen tus años. A mi edad no parecen tan buenas.

CHRISTIAN - Entonces, cástate con Jonathan.

ELIZABETTA - ¿Jonathan? ¿Que interés puede tener Jonathan en mí? *al*

CHRISTIAN - Yo sé leer en los ojos de los hombres las intenciones que ocultan sus palabras. Jonathan se ha sorprendido de encontrar en la hija de un mecánico, una mujer de cierta distinción, graciosa, sin pretensiones. No lo dudes: Jonathan te tiene ya clasificada, inmatriculada en su destino. Eres para él esa mujer que puede adornar la vida de un ejecutivo, sin que le cueste mucho dinero.

ELIZABETTA - Jonathan tan vacío, tan impetrante.

CHRISTIAN - Por eso te digo que te cases con él. La vida de Jonathan es una línea matemáticamente trazada. No puede fallarle. No hay una sola gota de humanidad fluyendo por ese cuerpecillo de halcón. Ese hombre irá siempre adelante, aunque tenga que dejar a esta ciudad reducida a escombros.

ELIZABETTA - La idea de regresar a una sociedad burguesa, de niña pobre, no me seduce. Tienes que ayudarme a persuadir a Ricardo.

(Vuelve Ricardo, desesperado. La Enajenada le pasa la mano por la frente, temiendo que estalle como una bomba.)

RICARDO - ¡Elizabetta! ¡Elizabetta! Christian tiene razón. Estoy dispuesto a partir! No quiero ver más a ese repugnante en el resto de mi vida.

CHRISTIAN - Elizabetta no partirá, Ricardo. *tino*

ELIZABETTA - No es eso, no es eso. Si me dejaran ustedes pensar... El destino no es una gota de agua que pueda ser enjugada con un pañuelo.

RICARDO - Tengo la sensación de haberme mirado en el espejo del diablo. Pensar que algún día un hijo mío pueda estar a merced de un hombre como ese, me ha dejado horrorizado.

ELIZABETTA - Por favor, Ricardo, estoy tan conturbada. ¿Cual es la idea de torturarme de esta manera? Yo estaba tan alegre.

RICARDO - Mañana sacaré dos pasajes; uno de ellos podrá ser cancelado antes del mediodía. Hasta entonces estaré esperándote. De tí depende, Elizabetta. (Con una débil esperanza) Hasta mañana.

(Sale Ricardo estrangulando una figura imaginaria. Christian se acerca con sus dedos rugosos y tiernos a acariciar la cabeza de su hija. Entra Jonathan, vestido de gris, con un clavel blanco en la solapa, por supuesto. Tiene manos de cuervo pero sus uñas están primorosamente pulidas. Desde la puerta pregunta con su voz bobona y metálica:)

JONATHAN - ¿Se puede saber quien sirve la bebida en esta casa?

ELIZABETTA (deformada por una orfandad incomprensible) - ¡Jonathan!  
¡Jonathan! (Se le arrebuja entre los brazos)

CHRISTIAN - Voy por tu trago, hijo mío.

(La Enajenada se escurre hasta el sueño con el aliento suspendido. Llora sobre sus rodillas como una plañidera.)

T E L O N

ACTO SEGUNDO

PLAZA PEQUEÑA CON EL BAR DEL POLLO CARTAGENA AL FONDO. FRENTE AL BAR, MESAS CON MANTELES A CUADROS; DENTRO, UN PIANISTA TOCANDO ESA RAPSODIA ARBITRARIA, QUEBRADIZA, QUE FORMAN LOS ACIERTOS MUSICALES DEL ÚLTIMO CUARTO DE SIGLO. ES UNA NOCHE OLOROSA A CERVEZA, A BREA, CON LUCES DE PURGATORIO.

EN EL NUEVO CUADRO HUMANO, ADEMAS DE JONATHAN, JEREMIAS, CHRISTIAN Y ELIZABETTA, CONOCIDOS NUESTROS, APARECEN EL PROFESOR DE HUMANIDADES PEMROSE, CABEZA SOCRÁTICA, VERBO REPOSADO, LIRISMO METAFÍSICO; SUS DISCIPULOS ARTUS, ÁVIDO DE PREGUNTAS DIFÍCILES, POLEMISTA, JUICIOSO, Y ALEC, VETERANO FUERTE Y GENEROSO, ESPERANDO A QUE LA SANIDURÍA LE RESTABLEZCA SU CONCEPTO DE LA CIVILIDAD, VIOLENTADO POR UNA GUERRA INUTIL; EL ESTENCILERO GUS, HOMBRE CUADRADO DE CARA REDONDA Y MENTON FLAMENCO; EL EMPAQUETADOR DE OBJETOS FRÁGILES PETER, ESPIGADO Y CON LAS OREJAS LLENAS DE MURMULLOS COMO LOS FINOS ABEDULES DE SU TIERRA; EL VENDEDOR DE OBJETOS SIN MERCADO CARLITOS, UN GORRION DE TIERRA FIRME, UN POCO DISCURSIVO Y ATOLONDRADO, PERO EN EL FONDO NOBLE Y CABALLEROSO; LA MANOSEADA MABEL, MELOCOTON BASTANTE MADURO PERO ATRACTIVA, CON UNOS CABELLOS CASTAÑOS LARGAMENTE ESTROPEADOS POR EL SALON DE BELLEZA; LA RECEPCIONISTA CAROL, CARA DE MUÑECA DE PESTAÑAS VIVAS, BOCA EN FORMA DE CORAZON Y ESE PAR DE PIERNAS QUE TARDE O TEMPRANO, VAN A PARAR AL LENTE ABULICO DEL FOTOGRAFO AFICIONADO. EL POLLO CARTAGENA PASEA SU MONAIRE DE GALLOFO Y SU PANZA DE BODEGONERO TROPICAL ENTRE LAS MESAS DE SUS PARROQUIANOS. TIENE UNA FALTRIQUERA EN LA CUAL CABEN LOS SALARIOS DE TODA LA CIUDAD.

D

E s c e n a P r i m e r a

El profesor Pemrose, Artus y Alec, ocupan una de las mesas de la acera; Gus, Peter y Carlitos ocupan otra; Mabel y Carol, ambas de trajes sastre, cuellos subidos y gafas verdes, ocupan otra con Jonathan. La Enajenada se mueve de una mesa a otra según lo requiera el diálogo.

ARTUS - La verdad es que cuando podemos contemplarla, sin otras ideas en la cabeza, esta es una ciudad bastante hermosa.

PEMROSE - Si, es una hermosa ciudad. Pero hasta las ciudades hermosas necesitan del esplendor de la vida humana, si quieren subsistir.

ENAJENADA (musitando para sí, con cierta coquetería trascendente) - ¿No me reconoces, profesor? Yo no tengo ventanas por ojos, ni ascensores en la espina dorsal.

ALEC - ¿Cree usted que esta ciudad llegue a perecer algún día?

PEMROSE - Ella no, apenas pasa de ser otra cosa que el dibujo trémulo de un ensueño matemático. Pero el ensueño matemático sólo crea vida abstracta. Por eso me preocupa más el hombre que la habita. Llegará el momento en que la agonía del hombre se reflejará sobre ella, ensombreciéndola.

ARTUS - Siempre he creído que las ciudades son algo así como una biografía monumental del genio del hombre.

ALEC - Algunas se parecen a los hombres que las viven.

PEMROSE - Esta no se parece a nadie. Mas bien parece concebida para un hombre que no ha nacido aún, un ser aviático, imposible de imaginar. Vista desde el río, es como la abstracción cristalina de un nuevo mito.

ARTUS - ¿Por qué tuvo que ser así?

PEMROSE - Algunas veces creo descubrir en ella la imagen de la cultura del emigrante. El emigrante es el único hombre que interesa dejar el mundo al cual perteneció, detrás de él, como cosa sin sentido. Se mueve impelido por una fantasía de vida de su propia invención. Si sale victorioso, las ciudades que construye reflejan esta entelequia de la vida inventada. Si por el contrario, se siente vencido, pasea su resquemor de desarraigado por los rincones más oscuros, buscando en el contorno algo de lo que dejó tras de sí.

ALEC - No deja de ser extraño el método que emplea el alma humana al escoger sus paisajes.

PEMROSE - El hombre necesita de cierta proporción con su contorno urbano.

ARTUS - Probablemente nos sentimos mejor aquí porque logramos desprendernos del ensueño suntuario de esta ciudad.

PEMROSE - La vida fluye por el tejido sobrenatural que forman los seres humanos entre sí; nunca la encontrarás vibrando a través de las estructuras que la rodean.

ARTUS - ¿Alguna vez ha podido usted encontrar una imagen de la vida que la satisfaga?

PEMROSE - En ciertas aldeas de mi patria, todavía existe una costumbre encantadora: la contradanza campestre. Ancianos y jóvenes, mujeres y hombres, pastores y labriegos, bailan cogidos del brazo, y se prestan los unos a los otros, su destreza, su alegría o su júbilo religioso. No sé por qué cuando quiero imaginarme como es la vida, pienso en esta contradanza campestre.

ARTUS - ¿Por qué no podría hacerse aquí lo mismo?

ALEC - A lo mejor, subconscientemente, eso es lo que hemos hecho. La sociabilidad es una manera de tomarse del brazo como otra cualquiera.

PEMROSE - El problema de esta ciudad es que ha instalado una máquina entre hombre y hombre. No hay forma de crear una red afectiva con una interrupción mecánica de por medio.

ARTUS - La pretensión del porvenir es fundir esas dos energías en una sola.

PEMROSE - Yo le profetizo el más rotundo fracaso. Lo admirable de la vida humana es su autonomía, su contrariedad ante toda forma inanimada, su configuración virginal. Cuando las autonomías humanas se mantienen ágiles y brillantes, la vida es placentera y cromática. El día que llegemos a concebirla como una magnitud fuera de nuestra propia dimensión humana, la vida se tornará angustiosa y descolorida.

ALEC - También dentro de ella se siente uno perdido.

PEMROSE - ¿Como saberlo si apenas nos permiten ya vivir? Hace mucho tiempo que los científicos no hacen otra cosa que imponernos la vida que debemos vivir. Desde entonces el forcejeo del hombre, su antagonismo, su malestar, por recuperar algo que le es potestativo.

ARTUS - Tal vez esa podría ser la razón para explicar el desconcierto, mas no el vacío, que es asunto mas privado y remediable.

PEMROSE - No es vacío, es soledad; la soledad irremediable que crea todo narcisismo. Nos hemos enamorado de una idea sobre la vida con la misma pasión con que Narciso se enamoró de su figura. La tragedia de Narciso es la movilidad perenne de las aguas en que se mira. Cuando mas compuesta tiene su imagen para la eternidad, un pequeño soplo de la brisa se la esconde en el fondo de



las aguas. Entonces se echa a llorar como un niño, o enloquecido, le pega fuego al bosque.

ALEC - (veterano, retorciéndose las manos como un condenado) - O destruye ciudades hermosas, arrasa los sembrados, arroja a los ancianos de sus casas, viola a las doncellas.

PEMROSE - Lo mismo le sucede al científico de nuestro tiempo. Cuanto mas completa tiene su imagen de la humanidad perfecta, mas confuso le resulta el mundo que lo rodea. Y es que nadie puede inmovilizar lo que está supuesto a transformarse cada minuto que pasa; ni unificar lo que nació para andar suelto.

ARTUS - Dentro de esta confusión sólo debemos esperar <sup>una</sup> ~~una~~ civilización de resentidos.

PEMROSE - Hace algún tiempo les hable sobre una extraña civilización que todavía nos domina. Es la civilización del efebo, el primer solitario que crea la cultura de Occidente. El efebo es el joven señor que se aleja del mundo, a prepararse para dominar la vida de su ciudad. Es diestro en las artes de la dialéctica, en el manejo de las armas, en los signos del oráculo, en el juego sagrado. Si en vez de contemplar esta lujosa exposición de los estilos industriales, nos dedicáramos a contemplar la vida que nos rodea, podríamos descubrir en toda su magnitud, la influencia del efebo en la civilización moderna. Hoy triunfa el más hábil en el sofisma, el mas rudo en la competencia, el más respetuoso ante el mito, el más veloz en la carrera. ¿Creen ustedes que alguien pueda sobrevivir conducido de la mano por un sofista, un estratega, un técnico o una bacante?

ARTUS - Si lográramos establecer una distinción más precisa entre la clase y la sociedad humana....

PEMROSE - ¡La sociedad! ¡La sociedad! Desde que llegué a esta ciudad no oigo hablar de otra cosa. Es como el eco resonante de esta gruta de cristal y acero. ¿Que es la sociedad? La sociedad no es un ser viviente al cual se le pueda pedir cuentas por sus desfueros. Entonces, ¿a qué trasladar el mito de una institución a otra?

ARTUS (preocupado) - Tal vez tenga usted razón, maestro.

PEMROSE - Por si acaso no la tengo, bebamos un vaso de vino. Pollo, nuestro borgoña.

(La Enajenada se ha separado del grupo, confusa y contrita; mira alrededor suyo, como si de pronto se encontrara perdida. Después, con un tranco resuelto, se dirige a la mesa de Gus, Peter y Carlitos)

PETER - Este mes hace doce años que abandoné el estuario. Mi padre tenía una barca de pesca y mi madre hilaba para los conventos. Yo quería ser pescador como mi padre. Pero éste me quitó la idea de la cabeza; me dijo

que el mar sólo le dejaba ganancias a los ingleses. Al llegar aquí me dieron un trabajo de empaquetador de objetos frágiles. Al principio me daba un poco de vergüenza contemplar mis manos tan fuertes, trabajando en una labor tan escasa. Pero ya me he acostumbrado.

GUS - ¿Dónde trabajas?

PETER - En la Silver and Gould.

GUS - ¿En la Silver? Ahí trabajo yo de estencilero, máquina número 30. ¿Como es posible que no te haya visto nunca?

PETER - Pues yo salgo todos los días por la puerta norte.

GUS - Ahora me explico, yo salgo por la puerta sur. Es como si habitáramos en dos mundos distintos. ¿Y tu, Carlitos?

CARLITOS - Yo no tengo nada más que puerta de escape: Soy vendedor ambulante.

PETER - ¿Te gusta tu trabajo?

CARLITOS - A mí lo que me gusta es no trabajar. La adoración al trabajo se la debemos a los poetas románticos. (Declamando) - "¡En la máquina inmensa del progreso es el obrero la primer palanca!" (con naturalidad, otra vez) Fué un gesto hermoso, pero inútil. Puede ser que mi repugnancia por el trabajo sea resultado de mi desdén por el romanticismo. Al llegar aquí me entregaron una maleta conteniendo un muestrario de las cosas que no se venden, si no es con una escopeta a la espalda, y un libro de órdenes. El Gerente me hizo saber que si no vendía, no comía. Mi adiestramiento ha sido contrario al de ustedes: ustedes trabajan mucho porque les gusta comer bien; yo como poco porque intereso trabajar lo menos posible.

PETER - Pero eso algún día tendrá que hacerte daño.

CARLITOS - El consejo de comer poco me lo dió un anciano venerable del barrio chino. Tiene ciento quince años y no ha comido otra cosa que nidos de golondrinas.

GUS - ¿Y si te falla la maleta?

CARLITOS - ¡Bah! Yo soy el único vecino de esta ciudad que sabe donde se come de gratis, y sin molestar al gobierno.

GUS - ¿Quieres prestarme el itinerario, por si acaso?

CARLITOS - Cuando tengas mucha hambre y no tengas ningún dinero, coges una maleta con algo de vender, y en la anochecida te descuelgas por el barrio italiano. Los italianos son hombres generosos que gustan de platicar con los vendedores. Enseguida te sientan a la mesa. Si el invierno se presenta negro, entra en amores con una camarera noruega. Estos noruegos, además

de ser personas muy estimables, son unos comelones terribles. Sirven los entremeses en paila. No importa el hambre que lleves, nunca podrás pasar de los entremeses. Claro, hay que correr sus riesgos. Ahora tengo detrás de mí una noruega con aptitudes de corredora olímpica.

PETER - A lo mejor está sinceramente enamorada de tí.

CARLITOS - El próximo invierno te lo contesto.

GUS - ¿Es bonita?

CARLITOS - Con peores focas he patinado yo en el hielo. (Sofador, a pesar suyo) - Es gorda pero durita; tiene unos ojos redondos, llenos de paciencia y de malicia. Sabe que algún día tendré que casarme con ella, en cuanto se me agote el muestrario. Más, por ahora, la suerte no la favorece. Estoy vendiendo unas vitaminas baratas que por lo mal que saben, han debido ser extraídas de la hiel de un mulo viejo, pero la gente me las compra por gruesas. Por precaución cambio continuamente de ruta, no sea que alguien se me envenene con ellas.

ENAJENADA (a punto de estallar en una carcajada, dándole un pellizco etéreo) - Trata de venderme tus píldoras milagrosas a mí, bribonzuelo.

GUS - Pues yo tengo una novia pero no es bonita.

PETER - Lo que importa es que sea una mujer honesta.

GUS - Es como un ángel feo, pero como todos los ángeles, mansa, confiable, animosa. Trabaja a mi lado casi todo el día. Al llegar a la fábrica me pusieron a ~~trabaja~~ en la máquina número 30. Alguien me dijo que en ella trabajó por muchos años un suizo malhumorado. Parece que un día se impacientó tanto con la máquina que le entró a silletazos.. Desde entonces se siente como resentida contra el hombre. Hay días que amanece de un humor diabólico. Se le cierra la palanca y no hay forma de que encaje. Sólo mi novia la entiende. Yo creo que le habla al oído como si fuera un ser humano. Siempre que me ve perdido, acude en mi auxilio y dulcifica al pequeño monstruo. Algunas noches vamos al cine. Cuando la beso me clava en los biceps sus uñitas cortas, agradeciéndome la caricia. Si yo pudiera me casaba con ella. Me gustaría tener un hijo de esa mujer tan limpia, tan útil.

PETER - ¿Crees que gente como nosotros pueda casar aquí?

CARLITOS - No lo creo.. Aquí no hay corralillo de aves, ni faldón de cementera, ni huerta alledaña. La única rueca que he visto está en un museo. Todo hay que comprarlo en la calle.

GUS - Yo no he podido ahorrar un solo centavo y vine a hacerme rico. Algunas veces me pongo a contemplar desde mi sótano la hilera de escritorios que me separan del primer oficinista, y comprendo que tendría que transcurrir medio siglo antes que el destino pudiera ocuparse de mí.

CARLITOS - A lo mejor un día de estos, esos escritorios vuelan por los aires.

PETER - Pues yo quiero casarme, tener varios hijos. Los hogares donde hay niños los calientan las alas de los ángeles.

CARLITOS - El matrimonio en esta ciudad es como una especie de pacto crepuscular. No deja de ser poético aunque parezca extravagante. Si el hombre no quiere verle la cara a su mujer, lo único es buscarse un trabajo que empiece cuando el de ella termine. Eso es lo que pienso hacer al casarme con la noruega. Si persiste en trabajar de camarera, me meto a repartidor de leche. Va a tener un marido fantasma.

PETER - Yo no podría resignarme a eso.

CARLITOS - En esta ciudad la única ventaja es el anonimato. No ser nadie es casi una manera de permitirle a uno improvisarse una vida distinta cuantas veces lo necesita. En mi tierra yo siempre hubiera sido la oveja negra de la familia; estaba señalado para el resto de mi vida. Sabía hasta el nicho que me correspondería en el panteón de la beneficencia municipal. No, chico, no; prefiero esto.

PETER - Cada día el horizonte muere más cerca.

CARLITOS - Yo propongo que esta noche nuestro almonedero sea el Pollo Cartagena. ¡Pollo!

POLLO - Dígame, niño Carlitos.

CARLITOS - Trae cerveza. ¿Cuánto?

POLLO - Esta noche se la apunto hasta que usted termine.

CARLITOS - ¿Cómo has averiguado que esta noche tengo dinero?

POLLO - Por el lazo de la corbata, niño Carlitos. En mi tierra en cuanto un hombre hace dinero, lo primero es comprarse una corbata así, como la suya, de piquitos.

(Algo ve la Enajenada en la mesa cercana que la obliga a cambiar de mesa.)

JONATHAN - Ha habido mujeres en esta ciudad que han hecho su fortuna con una sonrisa.

CAROL - (haciendose la ingenua) - ¿Hay algún curso por correspondencia que le enseñe a una recepcionista como sonreír?

MABEL - La escuela de la sonrisa es totalmente intuitiva. ¿No te gusta el cliente?: sonríele hasta que te vea las muelas del juicio. ¿Te gusta? Muéstrale tus labios desnudos de todo artificio.

JONATHAN - (un tanto serio) - Lo que Mabel quiere decir es que en nuestro negocio, hasta la sonrisa resulta útil. Yo diría que la sonrisa es un factor de venta tan importante como la propia publicidad. La sonrisa predispone el ánimo del comprador indeciso. Sonríe cada vez que puedas, Carol.

CAROL (sonriendo con una gracia insospechada) - A mí no me será difícil, señor. Sonreiré todo lo que sea necesario.

JONATHAN (arrobado, apesar suyo) - Ese es el espíritu que necesita esta ciudad. La sonrisa es como la espuma del dinamismo juvenil. ¿Dónde nació usted, Carol?

CAROL - Al otro lado del río, cerca de Mabel.

JONATHAN - Mabel podría decirse que es nuestra empleada modelo. Hace cinco años que trabaja con nosotros; conoce todos los secretos de nuestra organización. Es la primera en llegar, cuando la brisa está helada, y la última en salir, si hace calor. (Acariciándole el mentón con la ternura de un orangután) - Tiene unos ojillos que no conocen el sueño y nunca marca su tarjeta si tiene que trabajar horas extras.

CAROL - Ha debido ser una inspiración para Mabel, trabajar al lado de un hombre como usted.

JONATHAN - ¿Por qué no empiezas a tutearme?; llámame Jonathan a secas.

CAROL - Gracias, Jonathan.

JONATHAN - La vida de un ejecutivo se desarrolla en dos esferas, difíciles de engranar la una con la otra. La organización de la oficina le impone al ejecutivo una manera de ser meticulosa, inflexible. Todo cuanto lo rodea está calculado para el máximo rendimiento humano. La oficina debe trabajar con una regularidad casi mecánica. En su oficina, un ejecutivo no puede ser un hombre, ni un conocido; mucho menos un amigo. Es natural que a algunas de las muchachas que vienen a trabajar conmigo, tal disciplina les produzca una pequeña desazón, al principio. La mujer tiene la tendencia de trasladar a la oficina parte de su ser casero.

ENAJENADA (con dolida voz interior) - Entonces, ¿por qué empleas mujeres, barbian?

JONATHAN - Supongo que Mabel te habrá explicado algo de esto.

CAROL - Mabel me lo ha explicado todo.

JONATHAN - (cogiéndole una mano con golosura) - Fuera de la oficina, podemos pensar en nosotros mismos. En ese momento te convertirás en la preciosa Carol y yo podré ser el galante Jonathan. Tu vida me importará todo lo que tú quieras que me importe. Espero lograr de tí algún afecto.

CAROL - Jonathan, estoy segura que llegaré a adorarte.

JONATHAN - Gracias, Carol. No esperaba yo menos de tu lealtad. Cada vez que una muchacha empieza a trabajar en la oficina la invito a salir conmigo. Hay ciertas cosas que no se pueden hablar en una oficina. Ahora que me conoces, y sabes que soy un hombre respetable, la próxima vez saldremos solos. Mabel también tendrá sus compromisos.

MABEL (con cierta ironía) - Veo que se han entendido ustedes admirablemente.

(Las chicas se quitan las gafas negras, se desabrochan sus blusas hasta la cintura y se sueltan los cabellos. Ante los ojos regocijados de Jonathan aparecen dos bellezas desafiantes. Tal vez el profesor Pemrose las confundiría con dos bacantes.)

ENAJENADA (con indignación) - Grandísimas hipócritas, ¿que pretenden ustedes hacer?

JONATHAN - (se levanta, resplandeciente) - Creo que la ocasión me obliga a preparar una de mis mezclas diabólicas. (Camina hacia el bar)

CAROL - Este hombre es un tipo bastante odioso, ¿no crees tú?

MABEL - Es un sátrapa de la burocracia. Sueña en convertir su oficina en un harén.

CAROL - ¿Crees que me he comprometido demasiado?

MABEL - No te apures: no importa lo que tú te comprometas, él no perderá la cabeza.

CAROL - ¿Es casado?

MABEL - Tiene novia; va a casarse pronto.

CAROL - Es curioso; al principio sentí por él cierta admiración. Lo creí hombre capaz de hacer cosas sublimes.

MABEL - A muchas nos pasó lo mismo. Algunas mantuvieron su adoración hasta los primeros estrujones. Otras, todavía más lejos. Pero hay hombres que nacieron para no salir nunca del área resplandeciente que ocupan sus escritorios.

CAROL - Supongo que estoy obligada a salir con él.

MABEL - Es irremediable.

CAROL - ¿Sabes que esta es una expoliación como otra cualquiera?

MABEL - Es parte de la vida que hemos libremente escogido. Nadie nos la impuso.

CAROL - ¿Y si me negara a salir con él?

MABEL - Posiblemente no te pasaría nada. Eso sí, no conseguirás un aumento de sueldo hasta que se le pase el resquemor.

CAROL - Pues yo no estoy dispuesta a someterme a esa indignidad. No es que presuma de Caperucita, pero me repugna la idea de dejarme acariciar por alguien que no me interesa.

MABEL - ¿Que puedes hacer?

CAROL - Buscarme otro trabajo. En una ciudad tan grande como ésta, algún sitio ha de haber donde le paguen a una muchacha joven por lo que trabaje y no por lo que agrade.

MABEL - Si lo encuentras, avísame.

CAROL - Despideme de tu.... sultán.

MABEL - Adiós, Carol.

(Temerosa de que pueda fallarle el ánimo a Carol, la Enajenada la coge por el brazo, y no regresa hasta que la deja fuera de escena.)

JONATHAN (con tres cocteles en las manos) - ¿A dónde fué Carol?

MABEL - Acaba de marcharse.

JONATHAN - ¿Se marchó? ¿Por qué?

MABEL - Parece que no le gusta la idea de tener sus encantos juveniles sujetos a nómina.

JONATHAN (descompuesto) - Ha podido decirlo francamente. No tenía obligación de acompañarme si no lo deseaba. Esta es la ciudad más libre del mundo.

MABEL - Carol es casi una niña. Tal vez sintió pánico.

JONATHAN (iracundo) - ¡Idiota! ¡Farsante! Tan pronto llegue mañana, la despido.

MABEL (con dulzura pero con firmeza) - Jonathan, ese sueño tuyo de vivir en dos mundos que nunca lleguen a tocarse, no puede ser. Cuando alguien llega a donde tú has llegado, tiene que quedarse arriba, alegre o marchito, satisfecho o resignado, pero arriba.

JONATHAN - Ten cuidado, también podría despedirte a tí.

MABEL - Hace mucho tiempo que lo espero. Cada día mi piel es menos fresca. Apenas me quedan besos en la boca que tú no conozcas. Puedes hacer lo que quieras.

(Jonathan riñe su pequeña batalla de furia y despecho, con ganas de romper algo o de arrastrar a alguien por los cabellos, pero después se sobrepone y se contenta con devolver los tres cocteles, pagar la cuenta y salir)

### E s c e n a S e g u n d a

Los que quedan de la escena anterior y Jeremías. Como es usual en él, Jeremías viene un poco ebrio pero siempre lúcido dentro de su imperturbable frac. Además esta noche el frac viene en compañía de una capa negra, una chistera, un bastón de ébano con puño de oro y como siempre, de una copa gigantesca.

JEREMÍAS (entrando) - Caballeros, buenas noches; ¡querido profesor Pemrose! ¡Carlitos! (Besándole la mano a Mabel) Encantadora Mabel. Parece que tendremos una reunión perfecta; juntemos las mesas. Esta noche tengo ganas de brindar por cosas incomprensibles e inocentes. Todo brindis necesita, por lo menos, media docena de copas al otro lado. Caminando hacia aquí, empecé a imaginar un brindis magnífico; pero en el momento luminoso, encontré mi copa vacía. Una copa vacía es como una vela que alguien apaga en nuestro entendimiento.

(El pollo Cartagena ha empezado a juntar las mesas; sirve vino, cervezas, algún ajeno; llena la gigantesca copa de Jeremías de coñac, un coñac oloroso a madera vieja y a uvas linajudas)

PETER (A Carlitos) - ¿Quién es este caballero tan genial y elegante?

CARLITOS (en voz baja) - Es el último duende que le queda a esta ciudad. Donde quiera que aparece, todo se anima con sus palabras, juguetonas, su desdén por las cosas pequeñas, su desinterés. He creído adivinar que el caballero ha sido siempre un hombre bastante desgraciado, pero él obliga a la tristeza a cabalgar a su lado como una poeta que ha perdido una herradura. Hace unas cosas que se queda uno boquiabierto. Pero es todo un señor, no vayas a creerte lo contrario, aunque no sepa ni como se llama.

GUS - ¿Donde lo conocistes?

CARLITOS - Aquí mismo; así, como esta noche. Nos estrechamos las manos y bebimos juntos. Al salir nos llevamos el resto de las botellas.



PEMROSE - Has vuelto a las cavilaciones.

JEREMIAS - No, profesor; esta vez he logrado pasar de las cavilaciones a las averiguaciones. Si la vida nos trata mal, debemos investigar la razón de su desvío.

PEMROSE - No creo que la vida tenga alguna buena razón para hostigar a un hombre tan bondadoso como tú.

JEREMIAS - Tal vez me detesta porque soy demasiado dogmático ante la locura. Vivir es un acto de locura irremediable. No hay un solo momento de la humanidad que se haya distinguido por su cordura. Lo cual significa que la gente nunca ha sido sensata. Si la gente nunca ha sido sensata, ¿por qué empeñarnos en que la vida lo sea?

PEMROSE - La sabiduría siempre ha sido sensata.

JEREMIAS - Pero la vida no vive de la sabiduría, sino del azar; de las pequeñas cosas que suceden antes que la razón tenga tiempo de organizarlas. Por eso he buscado la forma más inocente de ser sabio: el brindis, es una proposición irracional que cada cual puede completar a su antojo. Es como una dedicatoria ininteligible para un libro que nadie intentaría escribir. Pero, sentémonos, señores. Tú, Mabel, presidirás la mesa. Es extraño; al entrar me pareció ver otra mujer aquí.

Un  
brindis

ENAJENADA (sonriendo) No hay duda: los borrachos tienen doble vista.

MABEL - La otra partió hace un momento, pero antes de tú entrar.

JEREMIAS - Pues algo de ella ha quedado aquí, como un cuerpo etéreo, irredimible.

MABEL - Se llama Carol.

JEREMIAS - Entonces no es la otra. La otra no tiene nombre; yo no he logrado más que entreverla. Hasta hace poco hubiera podido describir su rostro. Estaba como asomada en todas las caras que me miraban. Cada rostro era como un espejo que me devolvía su imagen repartida, incompleta, huidiza, pero todavía viva; más una noche la ví desaparecer entre los capitales flamencos de un rascacielos, comida a pedazos por las luces. Ahora es como un ser errático, intransparente, sin fisonomía.

PEMROSE - Cuidado con las figuras extrañas que construye el tedio.

JEREMIAS - No, profesor, este es un ser real aunque se nos haya negado. Si ahora echara la cabeza hacia atrás, podría sentir el calor de su cuerpo cerca de mí. (La Enajenada se retira un tanto alarmada)

PETER - Yo también siento a veces mi soledad poblada por alguien que no puedo situar en mi memoria.

PEMROSE - La memoria no es tan inmediata como solemos pensar, joven amigo. Nuestro ser ha tenido que cruzar muchos mundos antes de resignarse a ser lo que es.

GUS - ¿Quién podrá ser esa mujer? ¿Dónde encontrarla?

JEREMIAS - A lo mejor <sup>alguien</sup> la ha raptado. Puede <sup>que haya</sup> sido Carlitos, quien la ha escondido en el fondo de su copa. Tendremos todos que beber de su copa hasta que logremos rescatarla. Pero esta noche basta con la cara de Mabel. Te suplico que no te escondas tú también, Mabel. Sería imposible buscar dos caras al mismo tiempo en la niebla del amanecer. Cada día tu rostro me parece más hermoso.

MABEL - Ojalá sigas bebiendo muchos años; al menos, cuando te encuentres conmigo.

JEREMIAS - Aunque tu belleza no lo necesita, es lo único que puedo promerte solemnemente. (Jeremías vuelve a besarle la mano)

GUS - (intrigado, como si hubiera escuchado un cuento de hadas) - ¿Quién podrá ser esa mujer?

JEREMIAS - (A Gus) - ¿Cómo te llamas?

GUS - Mi nombre es Gus, señor.

JEREMIAS - Hay algo en tí que me recuerda el dolor de mucha gente. ¿Estás seguro que esa es tu cara? ¿No te la habrán cambiado cuantos caminan a tu lado? Aquel otro joven que me mira, como tratando de comprender, ¿quién es?

PEMROSE - Es Artus, estudiante de humanidades como lo fuiste tú. Este es Alec, veterano; también estudia humanidades.

JEREMIAS - Artus, Alec, ¿qué es lo que nos obliga a vivir?

ARTUS - Tal vez no defraudar el plan de la creación.

ALEC - Esa misma pregunta han debido formularsela millares de veces, el gusarapo, la tortuga; el elefante al caminar entristecido hacia su cementerio.

JEREMIAS - Con una sola diferencia: el gusarapo le ha remitido su pregunta al hombre, y yo no encuentro a quien remitírsela.

ARTUS - La tarea del hombre es contestar las preguntas más difíciles.

PEMROSE - Dicho sea sin menosprecio de seres tan estimables como el gusarapo, la tortuga y el elefante.

CARLITOS - Este es mi amigo Peter.

JEREMIAS - Peter, siéntate.

PETER - Desde que empecé a escucharle... he estado pensando en ciertas cosas. Esa mujer de quien usted habla, existe. Tal vez no le pertenezca a nadie o nos pertenezca a todos, pero existe.

JEREMIAS - ¿Has logrado verla alguna vez?

PETER - Recuerdo un invierno que llegó a desesperarme: Tenía poco dinero, la salud resentida, mal humor. Sin querer reconocerlo, estaba temblando de miedo. Alguien que no conocía me tomó de la mano, obligándome a caminar puerta tras puerta. ¡Cosa increíble! Detrás de cada puerta había un ser humano tan desesperado como yo. En la última había una ancianita, temblando como lo había estado yo, pero de espanto. Yo tuve que permanecer a su lado hasta que llegó su hijo. Lo más extraño de todo es que nunca he podido recordar cómo era ella, ni el sitio donde me dejó.

GUS - ¿Que razón tendrá para no dejarse ver?

ENAJENADA - ¿Podrías mirar dentro de tus propias entrañas, Gus?

JEREMIAS - Es un ser difícil de aprehender. Huye de nuestra soledad; más sentimos su presencia tan pronto nos sabe acompañados. ¿Por qué no encontrará a solas con nosotros? Tal vez sienta pavor de las preguntas que podría formularle un solitario. Supongo que algún día se cansará de huir y la sentiremos restregándose en nuestras espaldas. No hay cosa más vana que huir de quien nos tiene atrapado en una esperanza.

ENAJENADA - (acariciándole los cabellos con fantasmal prudencia) - Nunca he huído de tí, Jeremías.

ARTUS - Tengo que admitir haber sentido, alguna que otra noche, soterrada en las páginas de mi antología, una forma viva que se mueve dentro de ella como la rosa de los vientos. Pero más que una presencia física, parece un efluvio.

MABEL - A veces he llegado a pensar que cerca de nosotros hay siempre unos labios que han perdido el nombre.

CARLITOS - Prefiero la mujer a la vista. (Al empinar su copa para aspirar la fragancia del buqué, ve reflejado el rostro de la Enajenada en el fondo de su copa.) ¡Mi madre! Lo que puede la sugestión. Hay un rostro de mujer escondido en esta copa. (Jeremías se la arrebató ansiosamente, pero como siempre, no ve nada.)

GUS - ¿Que sucedería, si como un sortilegio, esa mujer se apreciara entre nosotros?

CARLITOS - Yo salgo corriendo a agarrarme a la cintura de mi noruega.

ARTUS - Posiblemente nadie la reconocería. Quizás nos parecería una mujer como otra cualquiera en busca de un vaso de vino.

PETER - Yo creo que podría reconocerla. Debe ser como la mujer con la cual le hubiera gustado a uno casarse.

JEREMIAS - Puede ser una mujer que se ha escapado de otra que conocemos, para perpetuarla en la sombra.

PEMROSE - Todavía estamos esperando tu brindis.

JEREMIAS - Brindo por lo que no sé. No, no es eso; sobra una palabra y además hay en mi brindis una pretensión de sabiduría. Tal pretensión acabará por separarnos. Tiene que ser un brindis más universal, más triste.

PEMROSE (sondeándolo) - Yo brindo por Elena, un ser adorable.

JEREMIAS - Un ser adorable, no hay duda. Lástima que tenga una figura tan arrogante, tan concreta en el mundo de vaguedades en que se desenvuelve lo mejor de nuestra vida. Yo podría recordar los miles de reflejos que tienen sus ojos, como si se tratara de una constelación minúscula.

PETER (repentinamente) - Yo brindo por la otra.

ARTUS - Es terrible darle un nombre tan despersonalizado o alguien tan encarnado dentro de nosotros mismos.

PEMROSE (cortando la hilacha) - Puesto que se necesitan cinco palabras capaces de unir a una mujer, un gusarapo, una tortuga y un elefante: yo brindo por lo otro.

(Todos, aliviados, chocan sus copas con un incontenible júbilo. La Enajenada sale al encuentro de Elizabetta, quien entra acompañada de Christian)

### E s c e n a T e r c e r a

(Los que están y Elizabetta y Christian; más tarde Jonathan.)

ELIZABETTA - Aquí podremos descansar un rato.

CHRISTIAN - No me gusta la sociedad de los borrachos.

ELIZABETTA - Nadie nos molestará. ¿Qué<sup>le</sup> ocurre, padre?

CHRISTIAN - No sé; siento la conciencia un tanto conturbada.

ELIZABETTA - ¿Por qué?

CHRISTIAN - Supongo que algo parecido le <sup>pasó</sup> ~~ocurre~~ al escultor que ha trabajado febrilmente en una obra, al descubrir que la estatua no corresponde con su ensueño.

ELIZABETTA - Hace días estás esperando oírme proferir una queja, pronunciar un nombre.

CHRISTIAN - ¿Por qué lo has proscrito de tus labios?

ELIZABETTA - ¿No ha salido todo como tú lo deseabas?

CHRISTIAN - No; mi afán por librarte de la miseria no era para arrojarte en brazos del desamor.

ELIZABETTA - Al momento de escoger entre un destino y otro, fúí yo la que escogió.

CHRISTIAN - Pero ese Jonathan no es un hombre bueno.

ELIZABETTA - Jonathan no es bueno ni malo. Yo tampoco soy buena ni mala.

CHRISTIAN - ¿Cómo lo sabes?

ELIZABETTA - La bondad es una especie de resignación que no poseo. El mundo que nos rodea no es bueno ni malo. Es natural que parte de su maldad se haya filtrado en mi propio ser. Yo soy como el mundo que nos rodea, ni buena ni mala, buena a ratos, sin proponérmelo. ¡sin esperanzas! Así son todos esos que ves ahí.

CHRISTIAN - (resentido) - Una manada de borrachos.

ELIZABETTA - Mañana trabajarán como una legión de demonios, infatigables, cejijuntos.

CHRISTIAN - Para Jonathan la crueldad es como un deporte, una manera de demostrar su habilidad para dominar al más débil.

ELIZABETTA - Si yo trabajara con Jonathan acabaría odiándolo. Pero como esposa suya, no tengo por qué llegar a ese extremo.

CHRISTIAN - ¿Podrás casar con un hombre a quien no amas?

ELIZABETTA - Me voy a casar con Jonathan, padre.

(La Enajenada se levanta desesperada y pasa otra vez al grupo grande. El viejo Christian se queda gruñendo como un oso.)

JEREMIAS (estudiando el fondo de su copa, con esa fijeza bobona del borracho) - ¿Que hay en el fondo de esta copa, Profesor?

PEMROSE - El mundo desproporcionado de la ilusión.

JEREMIAS - ¿Que es la ilusión, profesor Pemrose?

PEMROSE - Una fuga hacia una pared cerrada. ¿Que te hace huir de tu destino, hijo mío?

JEREMIAS - Las nobles palabras que puso usted en mis orejas, profesor. Cuando salí de su aula estaba completamente convencido que la vida era algo así como una repartición de efectos e intereses. En cuanto escritorio me sentaron, no hice otra cosa que hurtarle la vida a los demás.

PEMROSE - Nadie puede estar seguro que otras manos no destruyan aquello en que se afanan las nuestras. Más si tenías poder, ¿por qué no continuaste persistiendo?

JEREMIAS - No tenía poder alguno. En esta ciudad nadie tiene ya poder para hacer algo distinto, generoso. Esta es una sociedad lineal que no permite un solo borrón humano. Sin darnos cuenta, todos hemos sucumbido a una especie de automatismo que nos obliga a vivir con la misma exactitud con que se mueve una máquina.

GUS - Hoy mis manos sólo saben hacer una cosa, darle a una palanca.

PETER - Si tuviera que volver a bregar con un objeto pesado, tal vez sentiría pánico.

MABEL - Yo casi no me atrevo a remendar mis medias por miedo a dejar a alguien desempleado.

ALEC - ¿Por qué no nos rebelamos?

ARTUS - La rebelión necesita de una respuesta humana que no conoce el hombre desarticulado.

PEMROSE, - La victoria impresionante de las civilizaciones operacionales ha sido esa: haber reducido todo el problema humano a una simple cuestión de salario.

JEREMIAS - ¿Cuántas personas conoces tú en esta ciudad, Gus?

GUS - Por sus nombres como a treinta; saber quienes son, como piensan, donde viven, tal vez diez o doce. Algunas las saludo sin saber quienes son.

JEREMIAS - Entonces, ¿por qué tratas de vivir entre tanta gente? ¿Cómo podrías enterarte quien es el que te completa y quién es el que te destruye?

GUS - No podría decirle, señor.

CARLITOS - Yo he hablado con mucha gente pero no creo haber logrado su amistad. Razón de oficio, tal vez.

ALEC - Por lo menos has visto de cerca algunas vidas. Eso siempre es instructivo.

CARLITOS - No lo creo. Aquí las personas son como las ventanas de los edificios: todos tienen la misma simetría, un color parecido.

MABEL - ¿No te has encontrado nunca con alguien interesante?

CARLITOS - Sólo una vez, recién llegado. Al tocar en una puerta me respondió adentro, una voz aguardentosa: - Entre. - Encontré una mujer joven, casi una adolescente, rodeada por una infinidad de botellas vacías.

PETER - ¿Hermosa?

CARLITOS - La muchacha más linda que he visto en esta ciudad. Tenía una maravillosa cabellera rubia desmelenada sobre un escote de porcelana; una piel blanca aunque un poco sucia. Era como un lirio afanado en mirarse en un lago de fango.

GUS - ¡Que encuentro tan triste!

CARLITOS - Hacía tres días que estaba borracha sin poderse mover del sillón donde la encontré; olía mal; su hablar era incoherente, con pedazos de poesía, maldiciones soeces, y quejas de niña abandonada. Tuve que desvestirla yo mismo para meterla en la bañera. Al ver su cuerpo desnudo sentí por todo el mío como un terror angustiados; Era como haberme encontrado con otra Eva, pero en un paraíso de piedra, demasiado angosto. La envolví en una sábana como pude y la dejé durmiendo en su cama. En el vecindario me dijeron que se trataba de una alcohólica contumaz y malediciente. Alguien me prometió llamar al sanatorio donde solían atenderla.

GUS - ¿No la has vuelto a ver?

CARLITOS - No.

PETER - Yo no la hubiera abandonado.

CARLITOS - Entonces no conocía a esta ciudad como ahora la conozco. Al llegar me dijeron que cualquier asunto con mujeres jóvenes, era peligroso.

PETER - Una mujer bella es siempre una cosa sagrada.

CARLITOS - Fue un momento de terror, lo confieso. Además ¿quién soy yo para hurtarle al mundo una mujer tan hermosa?

PETER (entristecido) - Sí, es verdad.

(Entra Jonathan, desesperado, víctima del pánico, tembloroso)

JONATHAN - ¡Elizabetta! Elizabetta, ¿dónde estás?

ELIZABETTA - Aquí, Jonathan; siéntate a mi lado.

JONATHAN - Te he buscado por todas partes, en tu casa, en tu oficina, en la iglesia. ¿Por qué huyes de mí?

ELIZABETTA - No huyo de tí, Jonathan. Me dijiste que tenías un compromiso. Salí a pasear con mi padre, a contemplar las últimas hojas del otoño.

JONATHAN - Carol, ¿sabes? Es una niña malcriada, una farsante; me dejó plantado sin ninguna consideración, como si yo fuera un ser repulsivo.

ELIZABETTA (consolándolo como a un niño) - Tú no eres un ser repulsivo, Jonathan. Algunas veces trabajas demasiado; probablemente te ha bajado la resistencia. Eso siempre nos hace sentir más desgraciados de lo que somos. Tranquilízate. (Se lo recuesta del hombro, como un muñeco.)

JONATHAN - ¡Que bien se siente uno a tu lado!

CHRISTIAN - ¿Carol? ¿Quién es Carol?

ELIZABETTA - Carol es una nueva empleada. Jonathan quiso agasajarla, pero ella no tiene costumbre de salir con hombres respetables como Jonathan.

JONATHAN - Eso, ¡eso! (Se yergue dolido) ¿Por qué me desprecia usted, Christian?

ELIZABETTA - Mi padre no te desprecia, Jonathan. Esta noche tiene mal humor.

JONATHAN - Si; todos estamos de mal humor; menos tú, Elizabetta. ¡Que suerte la mía contar con tu amor! Eres una mujer animosa, fuerte, serena.

CHRISTIAN - Haces bien en admirarla, Jonathan.

JONATHAN - Se parece a usted en eso, Christian. Mi padre siempre habla de usted con admiración, con cierta torturadora envidia.

CHRISTIAN - Voy en busca de un vaso de vino.

ELIZABETTA - Trae otro para mí, padre. ¿Quieres? Jonathan también necesita un vaso de vino.

JONATHAN - ¡Elizabetta! ¡Elizabetta! Quiero besarte en la boca.

ELIZABETTA (con una instintiva repugnancia) - Bésame mejor las manos, Jonathan.

Jonathan se recuesta tanto que casi queda en la falda de Elizabetta. Esta le acaricia la cabeza con una despreciativa ternura. La posición de Jonathan es tan ridícula que la Enajenada se enfurece; le levanta la barbilla a Elizabetta con ánimo de abofetearla. Pero ve en los ojos de Elizabetta una mirada de mártir tan limpia, que retrocede horrorizada. El grupo grande empieza a desintegrarse:



JEREMIAS - Nos dejarán solos, Carlitos, como siempre.

CARLITOS (por la botella) - Aquí queda esta prójima magnífica, señor caballero. No podemos desertarla.

JEREMIAS - Es verdad. Además la tertulia ha sido demasiado triste. La tristeza siempre nos reduce al cero.

CARLITOS - Pues daremos vueltas como dos ceros fuera del pizarrón.

JEREMIAS - Como ya hemos cumplido con todos los ritos de la sociabilidad, brindemos por nosotros.

(La Enajenada le arranca el vaso de las manos a Jeremías)

ENAJENADA (con su voz sin cuerpo) - Yo brindo por la vida. (Bebe ansiosamente)

CARLITOS - Yo brindo por mi noble amigo, el caballero del frac. (Bebe)

JEREMIAS - Yo brindo por mi excelente amigo Carlitos. (Bebe, y al encontrar su gigantesca copa un tanto vana, dice con simplicidad:) De mi copa ha empezado a beber un fantasma. Todavía percibo el calor de sus labios en el cristal.

CARLITOS - Bien empieza la noche, caballero.

JEREMIAS - Son unos labios de mujer. Siento la copa olorosa a virgen húmeda y distante. ¡A qué huele tu copa, Carlitos?

CARLITOS (oliéndola) - A noruega pasada por las armas. (Ríen)

(La Enajenada lo sacude hasta ponerlo serio)

ENAJENADA - ¿Por qué te burlas de la única mujer que te ha brindado su amor, bribonzuelo?

CARLITOS - No, no; la noruega no puede morir: me quedo sin paila el próximo invierno. Además, ¡tiene unas carnes tan duritas!

PETER (hablándole a Mabel) - Nunca había estado junto a una mujer tan hermosa como usted, ¿Me permite acompañarla hasta su casa?

MABEL - Esta noche no es posible. Alguna otra vez, si acaso volvemos a encontrarnos.

ENAJENADA (Entrometiéndose con su sorda angustia) Vete con él, Mabel. Peter es más hermoso y más leal que Jonathan.

PETER - Comprendo. No hay más que ver el traje que usted usa para darse una cuenta que pertenecemos a dos mundos distintos.

MABEL - (dándole un beso fraternal cerca de la boca) - Peter, en esta ciudad todos somos iguales. Todos estamos atados a la misma cadena.

PETER - Gracias por su bondad, Mabel.

MABEL - Despideme de Gus y de los otros.

(Se levantan Christian, Elizabetta y Jonathan y empiezan a salir. Detrás de ellos, como una sombra, sale Mabel)

PEMROSE - Buenas noches, mi querido discípulo.

JEREMIAS - Hasta pronto, profesor Pemrose. ¿Tiene usted quien lo acompañe?

PEMROSE - Artus y Alec me dejarán de paso.

JEREMIAS - ¿Puedo aún darle un abrazo? (Pemrose abraza efusivamente a su discípulo.) Artus, Alec, que la sabiduría no logre marchitar dos almas tan lujosas como las de ustedes.

ARTUS - Muchas gracias por esta noche tan problemática.

ALEC - No sabíamos que éramos invitados suyos.

GUS - A nosotros tampoco nos han querido cobrar.

PETER - Tal vez nos hemos excedido un poco, sin saber que abusábamos de su generosidad.

JEREMIAS - Lo importante es que alguien retribuya un poco lo que otros nos deben. Buenas noches, señores.

(La Enajenada los va besando según salen, como una despedida amarga y quimérica. Todos se detienen un momento sorprendidos de encontrar los labios de la brisa cargados de tanto amor. La Enajenada se siente tan abatida que algunas veces tiene que apoyarse de la mesa para no caer.)

JEREMIAS - Prepara tu maleta, Carlitos. Esta noche iremos entre esos altos y brumosos rascacielos buscando el rastro de un ser perfecto. Tendremos que preguntar por ella hasta que responda a nuestras voces.

CARLITOS - ¿Como se llama, señor?

JEREMIAS - Habita en un mundo tan vacío que se ha quedado sin nombre. Tendremos que conseguir un hermoso nombre para ella.

ENAJENADA - (desfallecida, se cuelga del cuello de Jeremías) - Mírame, Jeremías, mírame. No le permitas a la desgracia ofuscarte de esa manera. Nadie puede inventarse un amor lejos de mi cuerpo sagrado. (Lo besa furiosamente, casi mordiéndole los labios:) ¿Como es posible que ya no reconocas a la única mujer a la cual no puedes desertar?

CARLITOS - Tendrem os que buscar un nombre con un eco hermoso, si ha de subir tan alto. ¿Otra? (Tratando de llamar a la otra:) ¡Otra! ¡Otra! No sube; es un nombre desvestido de todo linaje ascensional. Parece estar voceado hacia una taberna cercana. Si pudiera ser Elena.

ENAJENADA (presa del pánico) - No, Elena, no. Yo puedo prestarte un millón de nombres mejores que el suyo. Elena está encerrada entre las paredes sordas del rencor; acabará por destruirte. (Se arrodilla oprimiendo convulsamente las piernas de Jeremías.)

JEREMIAS - ¡Elena! ¿Con quien soñara ahora, Elena? Elena es un buen nombre para caminar por la niebla dorada de esta última noche del otoño. Preguntaremos por Elena, Carlitos.

CARLITOS - Voy a preparar la maleta, señor.

(Con una alegría nerviosa, Carlitos saca de su maleta de vendedor, los cepillos de fibra de coco, las vitaminas baratas, las píldoras de Hércules, las hebillones de lata, El Pollo Cartagena va llenando la maleta de botellas, hermosas botellas que resplandecen bajo sus lacres venerables.)

CARLITOS - A sus órdenes, patrón. Los piélagos del misterio nos están esperando.

JEREMIAS- (Logrando desprenderse gentilmente del aro amoroso que la Enajenada ha tendido alrededor de sus piernas) - Ya sabes, por donde quiera que pasemos gritaremos con fuerza, con dulzura: ¡Elena! ¡Elena!

(La Enajenada hace un esfuerzo, se incorpora y trata de impedirles la salida, poniéndose en cruz frente a la puerta. Jeremías y Carlitos, apoyado el uno en el otro, se orientan hacia la puerta y logran transponerla. Al verlos salir, la Enajenada queda en el marco de la puerta tensa, trémula, demente. El pollo Cartagena, mientras tanto ha estado apagando las luces del bar. Fuera se oyen dos voces trágicas que tremolan al unísono: ¡Elena! ¡Elena!, cada vez más lejanas y desarticuladas. Cuando ya no le falta más que una luz por apagar, el Pollo Cartagena oye el ruido de un cuerpo que se desploma detrás de él. Es la Enajenada. Asustado, se acerca a ella, y se pregunta azorado:)

POLLO - ¿De donde diablos ha salido esta mujer?

ACTO TERCERO

ESPACIO ANTERIOR A LA PEQUEÑA PLAZA DEL SEGUNDO ACTO. COMO ÚLTIMO TERMINO, AL FONDO, TODAVÍA SE VERÁ EL BAR DEL POLLO CARTAGENA, PERO DETRÁS DE UNA ALTA VERJA DE HIERRO, EN CUYO CENTRO, HAY UN BANCO DE PIEDRA. A LA IZQUIERDA DEL ESPECTADOR, LA ENTRADA DE UNA IGLESIA; A LA DERECHA, UN PARQUE HELADO, CON ÁRBOLES ESPECTRALES. ES UNA NOCHE DE INVIERNO. LUCES LÍVIDAS.

EN EL ÚLTIMO CUADRO HUMANO, EL ÚNICO NUEVO PERSONAJE ES LA CAMARERA NORUEGA ANITRA, CARNES ABUNDANTES PERO BIEN MODELADAS, CACHE- TES COLORADOS, UNOS OJAZOS AZULES Y UNA FONDOSA CABELLERA DE BRONCE.

E S C E N A - P R I M E R A

John, Andrew, Henry y Elena Silver frente a la entrada de la iglesia esperan a que el pastor encienda sus luces. Abrigos de pieles, chisteras, monterilla y una dignidad glacial que sabe enfrentarse hasta con los alfilerillos del invierno.

JOHN - ¿Que le habrá pasado a nuestro pastor esta noche? Todavía no ha encendido las luces de la iglesia.

HENRY - El pastor está ya muy viejecito. Una noche como esta debe ser penosa para él.

ANDREW - Hasta ahora ha cumplido sus deberes con santo regocijo.

ELENA - La iglesia está abierta, ¿por qué no entramos?

JOHN - No me gustan los sitios oscuros; me obligan a pensar en mí mismo.

ANDREW - Además no sabe uno al lado de quien se sienta.

Elena se aparta de ellos, fascinada por el parque que se contempla desde la derecha. La sigue el tío Henry.

ELENA - ¡Que hermoso parque! Si no fuera por el temor de contrariar a mi padre, esta noche lo recorrería de un extremo a otro. Esos árboles parecen estar cristalizados.

HENRY - Los árboles son los verdaderos discípulos de la tragedia. No tienen tiempo de acoplarse a la vida ni a la muerte. El lento dolor de envejecer sólo lo conoce el hombre.

ELENA - ¿Es tan doloroso envejecer?

HENRY - Es mejor ser joven, Elena.

ELENA - La juventud es la vida sin sabiduría. Entonces, ¿de qué nos sirve?

HENRY - Estás pensando en Oliver, otra vez.

ELENA (con naturalidad) - ¿Oliver? ¿Quién es Oliver?

HENRY - ¿Qué te ocurre, sobrina?

ELENA - ¿A mí? Nada, tío Henry.

HENRY - Hasta hace poco tu alma era como una fuente fresca de la cual se podía beber con sólo extender la mano. Ahora, algo se ha secado en tí. Ojalá no hayas llegado a odiarnos sin darte cuenta. Sería un castigo demasiado cruel para nosotros.

ELENA - El odio es una palabra oscura que ensombrece los labios de quien la pronuncia. No es una buena palabra para una mujer cristiana.

HENRY - Te has vuelto impenetrable como esas estatuas de piedras talladas por las furias de los vientos.

ELENA - La soledad empaña la vida como la lluvia a los cristales.

HENRY - Tal vez nuestro ensueño de convertirte en una gran dama no ha hecho otra cosa que crear una gran soledad a tu alrededor.

ELENA - Ser una gran dama no es una manera de inmunizarse contra la tristeza, tío Henry.

HENRY - ¿Por qué, entonces, no tratas de ocupar el sitio que te corresponde en la sociedad?

ELENA - Ya lo he ocupado. Alguien ha pintado para ustedes mi retrato, con un arte maravilloso. Lo único que una gran dama le lega a la posteridad es eso: un buen retrato.

HENRY - ¿Te sería muy difícil volver a ser como eras antes?

ELENA - Pregúntale al viento si puede tallar dos veces la misma cara sobre la piedra.

HENRY - Yo estaba pensando en Jeremías.

ELENA - ¿Jeremías? ¿Quién es Jeremías?

HENRY - ¡Elena!

ELENA - Ah sí, perdonáme, tío Henry. Parte del ingenio de Jeremías también está en el retrato. Al momento de escoger entre mis joyas, el pintor me dijo que todas las joyas que me había regalado mi marido, eran verdaderos aciertos. ¿Que más puede pretender Jeremías? Hasta cierto extremo tengo el derecho de considerarlo como a un extraño.

HENRY - Nosotros no le permitimos retirarse como accionista de la consolidada. Esa fué su obra genial, la obra genial de su audacia, su ingenio, su paciencia. El no lo sabe pero todavía sus cuentas se pagan de nuestros gastos de representación. Le hicimos firmar un poder haciéndole creer que era para liquidar su participación a nuestra propia conveniencia. Eso lo tranquilizó. La verdad es que sigue siendo nuestro asociado, sin él saberlo.

ELENA - ¿Sigue bebiendo mucho?

HENRY - Más que nunca. Algun día nos avisarán su muerte. Supongo que deberemos recogerlo y enterrarlo en el panteón de nuestra familia.

ELENA - ¿Por qué Jeremías casó conmigo?

HENRY - Cuando vino a trabajar a nuestra casa era inteligente, laborioso, aunque un poco díscolo. Le daba trabajo entender el espíritu maestro que gobierna el mundo de las finanzas. Alguna que otra vez se rebelaba contra nuestros métodos. Una tarde me dijo que quería abandonar su puesto. Le invité a encontrarse conmigo en nuestra casa, después de la cena; quería explicarle ciertas cosas aparentemente contradictorias, reclutarlo para un mundo que tal vez necesitaba de él. Estos criterios libres, capaces de adelantarse al porvenir, son siempre útiles. Fué el primero en llegar. Cuando entré lo sorprendí mirando a través del visillo hacia el cuarto de música: - ¿Quién es esa mujer tan bella? me preguntó. -Es Elena, mi sobrina,- le repliqué apaciblemente. Creo que aquella noche no escuchó nada de lo que le dije. Estaba como inman-tado, soñando. Al partir me dió un abrazo y me llamó tío Henry!

ELENA - ¿Por qué mi padre desconfiaba de él?

HENRY - Jeremías es algo revolucionario; tiene una idea demasiado altruis-ta sobre la riqueza. Tu padre es más conservador; siente menos el cla-mor humano. Esto los hizo chocar con bastante frecuencia.

ELENA - Comprendo.

HENRY - Yo lo entendía mejor. Estuve de su parte cuando propuso repartir una tercera parte de las ganancias de la consolidada entre nuestros obreros. No puedo ocultarte que le tengo afecto. Veinte veces me he puesto el abri-go para ir en su busca. Pero la actitud de mis hermanos hacia él, <sup>me</sup> ~~detenía~~. No sé por qué ~~siempre~~ he guardado aquel embeleso suyo cuando te vió por primera vez, como un secreto incómodo. *siempre me detenía*

ELENA (desentendiéndose de la cuestión, lo toma del brazo) - Las luces de la iglesia están encendidas. Mi padre debe estar impaciente.

ANDREW - Elena me tiene preocupado.

JOHN - A mí también. Confieso que su mutismo ha llegado a impresionarme.

ANDREW - ¿Que se puede ver en un parque cubierto de nieve, sobrina?

ELENA - La imagen de nuestra propia desolación, tío Andrew.

JOHN *A* (con su voz hueca, ofreciéndole el brazo) - Vamos, hija. Hay que saludar al pastor antes de que empiecen los servicios. (Entran todos.)

### E S C E N A S E G U N D A

Carlitos, Peter y más tarde la camarera noruega Anitra. Carlitos entra barbudo, un tanto cabizcaído, como un gorrion friolento que se hu-biera descolgado de un alero. No cesa de frotarse las manos contra su chaleco de lana. Entra Peter.

PETER -Aquí estoy, Carlitos.

CARLITOS - Perdona que te haya molestado en una noche como ésta, amigazo; más necesito de ti un favor que no se le puede pedir a mucha gente.

PETER - Estoy a tus órdenes. ¿Has perdido tu trabajo?

CARLITOS - Si. El Gerente me quitó la maleta y el libro de órdenes. Parece que alguien le informó que me había dedicado a la bebida. El único que hubiera podido explicarle el peregrino lance es el caballero del frac, pero hace días que no sé de él. El Pollo Cartagena no quiso darme su dirección. A lo mejor a él también lo han despedido.

PETER - ¿Quieres trabajar en nuestra fábrica? Puedo prestarte algún dinero.

CARLITOS - No, amigazo. Todavía conservo la moral del perfecto inútil. Prefiero morir de hambre antes que desacreditar mi estilo de vagabundo.

PETER - No tienes por qué llegar a esos extremos, Carlitos. Esta noche te mudas a mi habitación hasta que encuentres trabajo. ¿Que otra cosa podrías hacer?

CARLITOS - He decidido hacer una cosa más trágica pero más sencilla: me caso.

PETER (soltando la carcajada) - ¿Con la noruega?

CARLITOS - Con la noruega. A esa mujer, el invierno le sienta admirablemente. Es una flor cuyo tallo florece entre las nieves. Está más fuerte, más mofletuda, más enamorada que nunca. Anoche, al comunicarme mi trágica decisión, me sopló un beso que por poco me derrite el esqueleto. Te confieso que le tengo un poco de admiración y bastante miedo. A ratos me parece un ser mitológico, capaz de echarse a las espaldas un rascacielos. He decidido entregarle mi modesto destino a ver lo que se le ocurre hacer con él. Esta vez no hay remedio: me caso con ella o me muero de hambre.

PETER - Yo, en tu situación, me casaría.

CARLITOS - ¿Quieres ser mi padrino, o como se dice aquí, mi testigo?

PETER (lo abraza conmovido) - Te agradezco mucho que hayas pensado en mí.

CARLITOS - Nada de regalos ni de compromisos para el porvenir. Este es el matrimonio de un vendedor de excedentes, sin muestrario, con una walkyria, sin casco de piel de cabra. En cuanto llegue ella, nos colamos en la iglesia.

PETER - Supongo que habrá algunas cosas que preparar....



CARLITOS - Tú no conoces a Anitra. Es veloz como una centella. En un solo día ha amueblado la alcoba nupcial, ha comprado ropa para ambos, ha llenado la refrigeradora de mariscos y aves, ha sacado la licencia matrimonial, le ha hablado al pastor, ha contratado un organista y se ha dado tres baños, dos de ellos con agua helada.

PETER - ¿No crees que debías afeitarte antes de ir al altar?

CARLITOS - Meditándolo mejor, he preferido ir un poco barbudo. De alguna forma ha de manifestar el alma el luto que la aqueja.

PETER - ¿Por qué temerle al matrimonio?

CARLITOS - El matrimonio es una institución que necesita de gente hábil capaz de agarrar el destino de otro ser y sumergirlo en el destino propio. Hasta hace poco toda mi habilidad estaba en la fuga. Algunas veces pienso que me he pasado la vida entera un poco fugado. Es natural que ahora me sienta como un cerbatillo atrapado en un descuido. A lo mejor la noruega me reforma.

PETER - Tú debes ayudarla, Carlitos. Una mujer que cree en el amor, en una ciudad como ésta, es un ser digno de aprecio.

CARLITOS - Me temo que esta vez me reformo, o me reforman sin permiso mío.

PETER - ¡Silencio! Ahí parece que viene.

Llega Anitra. Carlitos nos la ha descrito con un tanto de usura. La noruega es una preciosa muchacha, un ser agreste y prolífico, aunque se nutra con copitos de nieve y cogollos de abeto. Tiene esa hermosa vitalidad que se hace espuma en la tromba marina.

ANITRA - Carlitos, ¡que sorpresa tan estimulante! ¿Cómo adivinaste que a mí me gustan los hombres con barba? (Le tira una carga de besos capaz de derribar a un dios báltico) - Te dejarás crecer la barba, Carlitos. Después de la ceremonia iremos al restorán. El dueño del establecimiento ha ordenado que nos preparen un banquete con salpicón de reno y frutas secas. Tendremos unas cuantas botellas de vino de nueces.

PETER - Es preciosa tu novia, Carlitos. ¿No crees que debes presentarme?

CARLITOS - Este es mi amigo Peter, nuestro padrino.

ANITRA - ¡Peter! (Otra descarga de besos aunque más moderada:) Comerás con nosotros los domingos. Usarás una bufanda tejida por mis manos.

PETER - Muchas gracias, Anitra.

ANITRA - La mujer del pastor será nuestra madrina. Kari está enferma. Helga y Boleta han tenido que trabajar por mí durante todo el día. ¿Listo, Carlitos? Aquí tienes los anillos.

PETER - Carlitos parece que se nos ha emocionado.

CARLITOS - Vamos, sí.

Carlitos se da a conducir al altar "como un cerbatillo sorprendido en un descuido". Peter sigue detrás de ellos, alegre y conmovido.

E S C E N A T E R C E R A

Jonathan, Mabel y Carol, cogidos del brazo, llegan tarareando una canción ligerilla.

JONATHAN - ¿Quién quiere a este hombrecito con locura?

MABEL # (orgiásticamente) - ¡Yo!

CAROL # (alicañada) - Yo.

JONATHAN (A Carol) - Debo confesarte que estaba furioso contigo. Pero Mabel me lo ha explicado todo.

CAROL - Mabel es una mujer tan comprensiva.

MABEL - Cuando una mujer joven se siente enamorada, lo primero que hace es correr.

JONATHAN - He debido suponerlo. ¿Por qué tenía que parecerme tan extraño? ¿Por qué una mujer no puede enamorarse de mí?

CAROL - Sí, Jonathan. Tú eres un hombre peligrosamente atractivo. El amor te acosará por donde quiera que pases.

JONATHAN - Eso sí, tendremos que ser muy juiciosos. Aprende de Mabel. A Mabel todo le sale bien porque Mabel tiene mucha cordura. Nunca le permitiría al amor que la destruyese, ni perturbara la paz de los demás. ¿Me permites darte un beso en los ojitos?

CAROL - Sí, Jonathan.

(Jonathan le besa los ojos con glotonería)

JONATHAN - Están humedecidos por el relente de la noche.

MABEL - No, Jonathan. Están húmedos de amor.

JONATHAN - ¿Por qué no? Claro que debe ser el amor.

MABEL - Tienes que creer en él, Jonathan.

JONATHAN - Si, admito que siento una instintiva desconfianza ante el amor. Mi mundo ha sido siempre tan preciso, tan uniforme, tan sistemático. ¿Por qué tenerle ojeriza a una cosa tan agradable?

MABEL - La literatura del amor es demasiado malsana. Es natural que a un alma tan bien organizada como la tuya, el amor le parezca algo así como una traición a la responsabilidad, a la vida útil.

CAROL - Por él se han arruinado muchas vidas, Jonathan.

MABEL ~~W~~ (con un oportuno pellizco) - Pero eso ocurre entre gente ingenua, torpona; no entre personas inteligentes como nosotros.

JONATHAN - Claro, clarísimo. Ahora voy a firmar los papeles para casarme mañana con Elizabetta, pero eso no importa. Yo quiero a Mabel y adoro a Carol. No creo que Elizabetta pretenda que la adore a ella sola.

MABEL - Eres un hombre afortunado, Jonathan. Has logrado el amor de tres mujeres para tí solo.

CAROL - Mañana todas las muchachas de tu oficina envidiarán a Elizabetta.

JONATHAN - Quiero que también envidien a Carol; a ti también, Mabel. Lo tengo todo calculado; me acercaré a ustedes a ofrecerles una menta y les sonreiré. Esto será suficiente para destacarlas entre todas. ¿Están ustedes contentas?

CAROL - Si, Jonathan.

MABEL - Con esa distinción de parte tuya, las dos seremos muy felices.

JONATHAN - Debo entrar antes que el pastor se revista. Hoy no me siento inclinado a oír sermones de nadie. Hoy mi mundo se llama Carol; mañana se llamará Elizabetta; siempre seguirá llamándose Mabel. ¡Carol! ¡Elizabetta! Mabel! Elizabetta está muy contenta con su matrimonio; me lo ha dicho hace un momento, por teléfono.

MABEL - Nos veremos pronto, Jonathan.

CAROL - Hasta pronto, Jonathan.

JONATHAN - ¡Pronto será, pronto! Adiós, Carol (La besa en la boca) Adiós Mabel (la besa en la mejilla)

Jonathan camina presuroso hacia la iglesia.

CAROL - Gracias por el consejo, Mabel. Todo ha salido mejor de lo que yo esperaba.

MABEL - Conozco a Jonathan mejor que <sup>el</sup> espejo en que me miro todos los días.

CAROL - Después de dos semanas de caminar oficina tras oficina, tuve que rendirme. En todos los sitios donde solicité querían saber la razón por la cual había dejado un empleo tan apetecible. Si decía la verdad, me miraban con desconfianza; si me la callaba, empezaban a imaginarse cosas peores. Algunos tenían la mirada más turbia que la de Jonathan.

MABEL - Jonathan tiene una ventaja indiscutible: nunca va más lejos de lo que una quiera.

CAROL - Es curioso el temor con que se mira a la mujer joven en esta ciudad. ¿Que hay en la juventud que tanto le inquieta a la gente?

MABEL - No es por la juventud, sino por la belleza. El hombre de esta ciudad desconfía de la mujer bella. Prefiere mirarla lejos, desde el cómodo rincón de la cinema.

CAROL - ¿Tú conoces a Elizabetta?

MABEL - Una noche la conocí, de paso. Es una mujer que sabe lo que quiere y donde está situado. Tiene una hermosura arrogante, pero sensitiva.

CAROL (con una incontenible decencia) - ¡Pobre Elizabetta!

MABEL - No creo que a Elizabetta le importe mucho Jonathan. La mujer que ama a Jonathan es otra.

CAROL - ¿Me quieres tú decir que hay en esta ciudad una mujer capaz de haberse enamorado de Jonathan?

MABEL - Así es.

CAROL - Me gustaría conocerla para refirmele en su cara.

MABEL - No te costará mucho trabajo conocerla, porque esa mujer soy yo.

CAROL - ¡Mabel!

MABEL - Comprendo tu estupor. Al principio a mí también me produjo una gran hilaridad descubrirlo. Tú aún no sabes lo absurdo que es Jonathan. Es mucho más absurdo de lo que aparenta ser. Nunca ha vivido como yo en un arrabal; sin embargo, su alma no ha podido librarse del lodo. Puede esperar que confianza y vive temeroso. Sueña con dominar a un mundo, que sin él saberlo, se le ha rendido ya.

CAROL - Pero eso no explica tu amor por él.

MABEL - Cuando niña, una tía maniática que nos visitaba, me trajo un muñeco feo. Como era un regalo, mi madre no me permitió romperlo. Entonces, decidí vengarme de él, escondiéndolo en un sitio en el cual nadie pudiera descubrirlo. Tanto lo escondí que se me olvidó el lugar donde lo había

puesto. Un día, ya mayorcita, encontré el muñeco oculto en la cornisa de un ropero. Al volver a mirar sus ojillos tan confiados, sentí un profundo rubor por la inútil crueldad que había mantenido aquel pobre ser desterrado del mundo de mi fantasía. Jonathan para mí es como ese muñeco.

CAROL - Pero un hombre tan esquivo como Jonathan, puede abandonarte en el momento que más lo necesites.

MABEL - No creo que pueda hacerlo. Yo soy para él algo así como un asidero, el asidero que lo sostiene ante el terror que le inspiran los demás. Ahora me necesitará más que nunca.

CAROL (besándola con admiración) - Lamentaría haberte ofendido, Mabel.

MABEL - Chiquilla, ¿quién ha hablado aquí de ofensas? Vamos a tomar juntas un ponche de ron. (Salen)

#### E S C E N A C U A R T A

El Pollo Cartagena; Jeremías de frac, con un lujoso abrigo de pieles, pero algo ha empezado a sucumbir al desaliño; después el profesor Pemrose, Artus, Alec; más tarde Elizabetta y Christian; Voces humanas y sobrenaturales cruzan por un espacio etéreo. Al final Jonathan.

JEREMÍAS - Has debido darle las señas de mi casa.

POLLO - Ahora comprendo que fué un error de mi parte. Pero esta ciudad es tan extraña. La mitad de la gente no quiere que se sepa donde viven; la otra mitad, prohíbe que se diga quienes son. Francamente, no me atreví a hacerlo.

JEREMÍAS - ¿Ha venido muchas veces?

POLLO - Viene casi todas las noches a preguntar por el caballero. Algunas veces se queda un largo rato, esperando.

JEREMÍAS - Pobre Carlitos. Lo único que hizo fué prestarle el báculo de su inocencia a mi locura.

POLLO - Es extraño. Hasta hace poco me pareció verlo por aquí.

JEREMÍAS - Tenemos que encontrarlo esta misma noche.

POLLO - Creo saber como encontrarlo, más había que aguardar hasta mañana. Su amigo Gus trabaja en la Silver and Gould.

JEREMÍAS (con un repentino rubor) - Ahora me explico el dolor tranquilo de su rostro.

POLLO - Quizás podamos encontrar a Peter esta misma noche.

JEREMIAS - Peter tiene cara de hombre confiable.

POLLO - A lo mejor ha cruzado por el parque.

JEREMIAS - ¿Qué parque es ese?

POLLO - No lo conozco, señor. Es un sitio un poco huraño.

JEREMIAS - Voy en su busca. Sabrá Dios que malos pensamientos cruzan por esa cabeza en este momento.

POLLO - Tenga cuidado, señor.

JEREMIAS - Si vuelve antes que yo regrese, llénale la faltriquera de billetes, todos los que le quepan dentro de ella.

POLLO - Si, señor. Además trataré de encontrar a Peter esta misma noche.

JEREMIAS (adentrándose en el parque) - ¡Carlitos! ¡Carlitos!

POLLO (sugestionado, corriendo hacia el fondo) - ¡Peter! ¿Dónde está Peter?

El profesor Pemrose, Artus, Alec, regresan del parque.

PEMROSE - No me gusta el quietismo de esa mujer sola sentada en un parque helado.

ARTUS - Tal vez hemos debido acercarnos a ella.

ALEC - Es tan difícil invadir la intimidad de otra persona.

PEMROSE - No hay más remedio que hacerlo. Entender que la vida de los demás no debe importarnos, es crear un estado de barbarie organizado.

ARTUS - Cualquier grito suyo podremos escucharlo desde aquí.

PEMROSE - Hace días no oigo otra cosa que gritos, unos gritos ululantes de hombres y mujeres que tratan de horadar con su angustia, las entrañas monolíticas de la ciudad. En las otras estaciones es distinto. En la primavera, se escuchan las risas de los enamorados; en el verano, el frenesí de los niños que juegan; en el otoño, las carcajadas de las bacantes. Pero en el invierno, la soledad humana es más espantosa que nunca. Es como si una naturaleza hostil y alucinada pretendiera colarse otra vez en nuestras vidas.

ALEC - Esta noche me sentí solo, demasiado solo. Tuve que buscar la compañía de ustedes.

PEMROSE - El ser humano sigue siendo nuestro refugio, Alec.

ARTUS - Sin embargo, no sé por qué, a mi me gusta el invierno. Es como una mano temblorosa que pretende regresar lo creado al caos, al temblor inicial. Algunas ciudades son más tolerables dentro de este desdibujamiento de las estructuras que presenta el paisaje invernal.

PEMROSE - Me preocupa esa mujer. ¿Que hace esa mujer sola sentada en un parque helado?

ALEC - Tal vez ha sentido la misma curiosidad que nos animó a nosotros: Contemplar una naturaleza a medio hacer.

PEMROSE - No; esa mujer está viviendo un momento de soledad terrible. A lo mejor intenta petrificarse.

VOZ DE JEREMIAS (llamando desde el parque) - ¡Carlitos! ¡Carlitos!

ALEC - Parece que se ha perdido un niño en el parque.

ARTUS - Esa voz la conozco yo.

PEMROSE - Desde lejos todas las voces resultan incomprensibles. La distancia empareda al hombre dentro de lo inanimado. ¿De que hablábamos?

ARTUS - Había usted insinuado que permitir la soledad del ser humano equivaldría a crear un estado de barbarie organizado.

PEMROSE - Esta noche lo que está desorganizándose es la vida misma.

VOZ DE ELENA - ¿Oliver? ¿Quién es Oliver?

VOZ DE RICARDO - ¡Elizabetta! ¡Elizabetta! Espérame, por favor.

JEREMIAS - ¡Carlitos! ¡Carlitos! ¡Carlitos! ¡Carlitos!

ALEC - Es la voz que busca al niño. Voy a ver lo que pasa. (Sale corriendo hacia el parque)

VOZ DE JONATHAN - ¡Mabel! ¡Mabel! Tengo miedo; no has debido dejarme solo.

VOZ DE MABEL - ¡Jonathan! Ten valor, Jonathan! Tú eres un hombre fuerte! ¡Jonathan! ¡Jonathan! ¡Jonathan!

PEMROSE - Ahora estoy seguro, la voz que llama a Jonathan se oye por este lado. Es una voz de mujer.

ARTUS - Estamos viviendo un momento difícil.

Salen Christian y Elizabetta.

ARTUS - Perdón, señor; señorita: ¿No han oído ustedes una voz a sus espaldas? Parece que alguien está en peligro.

CHRISTIAN - Habrá resbalado sobre la nieve.

PEMROSE - En realidad, son dos voces; una en el parque que clama por Carlitos; otra por este lado, llamando a Jonathan.

ELIZABETTA (sorpresa) - ¿Jonathan?

PEMROSE - La que llama a Jonathan es una voz de mujer. ¿Conocen ustedes a alguien que se llame Jonathan?

ELIZABETTA - Jonathan es mi prometido. Está en la iglesia, esperándome. Esta noche debemos firmar los papeles de nuestro matrimonio.

VOZ DE MABEL - ¡Jonathan! ¡Jonathan! ¡Contéstame, por favor!

CHRISTIAN - (con acritud) - Debe ser Carol.

ELIZABETTA - No, no es Carol; es Mabel. ¿Por qué llamará a Jonathan de esa manera? Parece estar desesperada. (Con un ligero temblor;) Entremos, padre.

CHRISTIAN - Te he sentido temblar, Elizabetta.

ELIZABETTA - Ya es tarde para tener miedo, padre.

CHRISTIAN - Oyéme, Elizabetta. Todavía estamos a tiempo de rescatar tu vida. Podríamos tomar un barco que sale de madrugada. No tendrías que darle explicaciones enojosas a nadie.

ELIZABETTA - Padre, voy a casarme con Jonathan.

CHRISTIAN - Admiro tu carácter pero no te envidio el destino que te aguarda. He visto a Jonathan salir con otras mujeres. Gusta de exhibirse con muñecas pintajarreadas que no es difícil adivinar lo que son.

ELIZABETTA - Jonathan me ha hablado de ellas; sé quienes son esas mujeres, lo que representan en la vida de Jonathan.

CHRISTIAN - El matrimonio necesita de dos cuerpos limpios y un solo amor en los dos cuerpos. ¿Como te vas a entregar a un hombre que nunca sabrás de que brazos sale?

ELIZABETTA - Yo no me voy a entregar a nadie, padre; y mucho menos a Jonathan. Le pertenezco más a este mundo, a esta ciudad que a él. Jonathan tiene las llaves de esta ciudad; lo obligaré a abrirme sus puertas, una tras otra.

CHRISTIAN - ¿No temes encanallecerte a su lado?



ELIZABETTA - Duerme tranquilo, padre. Los débiles no pueden encanallecer a los que son más fuertes que ellos.

CHRISTIAN - No entiendo, hija.

ELIZABETTA (con una involuntaria melancolía) - Mira el mundo que te rodea y dime cuantas cosas tuyas puedes entender.

(Sale Jonathan lívido, tembloroso, mohino)

JONATHAN - Al fin has llegado, Elizabetta. Casi llegué a temer que no vinieras. El pastor estuvo esperando bastante tiempo; celebró una boda, revisó su sermón, pero ustedes no se presentaron. Ahora tendremos que oír su sermón.

CHRISTIAN - A mí me place oír sus sermones.

JONATHAN - A mí, no. No me gusta que me hablen del pecado. Ningún hombre que cree en el pecado tiene porvenir. ¿Por qué me hiciste esperar tanto?

ELIZABETTA - Tenía que despedirme de mi padre, sentir otra vez mi cuerpo apoyado en su brazo robusto y tierno. Hemos visitado casi todos los sitios por donde solíamos pasar cuando yo era una niña. Debes comprender que desde mañana dejaré de ser suya.

JONATHAN (casi arrebatándosela a Christian) - Sí, desde mañana ya no serás de él. Acuérdate de tus propias palabras. Tu padre quiere separarnos, Elizabetta. Se lo veo en sus cejas pobladas por el rencor. Tendremos que luchar juntos contra él. Christian, ¿por qué me odia usted?

CHRISTIAN - Entra en la iglesia, niño, antes que el diablo te tome de la oreja.

JONATHAN - ¿Cree usted que el matrimonio sea asunto del diablo?

CHRISTIAN - Cada matrimonio abre dos puertas: una que conduce al infierno para el más noble y confiado y otra que conduce al paraíso para el más ruin y taimado. No es difícil adivinar cual puerta será la tuya y cual la de Elizabetta.

JONATHAN (con un incomprensible alivio) - Es una respuesta notable, Christian. Nunca se me hubiera ocurrido: una puerta para cada uno. Elizabetta no tiene por qué tomar la del paraíso. Tu padre es muy inteligente, Elizabetta. Lástima que me odie de esa manera.

ELIZABETTA - Mi padre no te odia, Jonathan; acabará amándote tanto como yo.

JONATHAN (como un raterillo que sabe donde queda la puerta falsa) - Entre-  
mos tú y yo así, cogidos del brazo. (Entran)

VOZ DE RICARDO - ¡Elizabetta! ¡Elizabetta!, espérame.

VOZ DE MABEL - ¡Jonathan! ¡Jonathan!; no me abandones.

VOZ DE OLIVER - ¡Elena! ¡Elena! ¡Elena!

E S C E N A Q U I N T A

El profesor Pemrose; Artus que vuelve; más tarde John, Andrew, Henry y Elena; por último Anitra, Peter y Carlitos.

ARTUS - No hay ninguna persona en estos alrededores a quien se le pueda reconocer por la voz que escuchamos.

PEMROSE - Alguien la habrá recogido ya. Desgraciadamente para ella, no fué Jonathan.

ARTUS - ¿Por qué no se retira usted a descansar? Si sigue en esta tensión se desvelará esta noche.

PEMROSE - Estoy seguro que esta noche no dormiré. Pero no hay que confundir el desvelo, que es un accidente fisiológico, con la vigilia, un azar metafísico.

ARTUS - Hay algo sobre lo cual podemos estar tranquilos; ningún niño se ha extraviado en el parque. Carlitos es aquel joven que encontramos en la mesa de Jeremías Gould. Parece que ambos salían de noche a vocear a una tal Elena, una mujer que suponían escondida entre los capiteles de los rascacielos. El patrono de Carlitos se enteró y lo ha despedido. Jeremías está desesperado; cree que el chico ha ido al parque a suicidarse.

PEMROSE - No me gustaría contemplar la ruina de un espíritu tan selecto como Jeremías Gould.

ARTUS - Extraña cosa es el destino.

PEMROSE - ¿Por qué ponerle motes a las desnudas y paternas nociones? ¿Por qué llamarle destino a lo que no es otra cosa que la triste herencia de los antagonismos humanos? Hay que empezar a reivindicar el verbo.

ARTUS - Sí, maestro.

PEMROSE - Esta noche hemos dejado abandonada a una mujer sola en un parque helado. Lo hemos hecho en nombre de un hipotético derecho a la intimidad, otra noción del amor adulterada por el cinismo. Si no cambiamos de actitud, esta ciudad se nos puede convertir en un cementerio del hombre vivo.

ARTUS - Es curiosa la forma como entendemos la sociabilidad en nuestro tiempo. Comprendo su contrariedad.

PEMROSE - Más que contrariedad, es desazón. Cada vez que un ser humano se retira de nuestro lado, y nos vuelve la espalda, es como si empezáramos a morir un poco.

VOZ DE JONATHAN - ¡Mabel! ¡Mabel! Tengo miedo.

VOZ DE MABEL - Jonathan, no has debido alejarte de mí lado.

VOZ DE JONATHAN - Puede ser Elizabetta. Elizabetta me desprecia, Mabel.

ARTUS - No hay forma de acallar esas voces.

PEMROSE - Algo se está desintegrando a nuestro alrededor. ¿Qué podrá ser? Si pudiera concentrarme un momento, organizar mis conceptos.

ARTUS - Las voces ya no se resignan a morir en el estruendo mecánico que nos rodea.

PEMROSE - Esa mujer sola sentada en un parque helado debe tener una razón terrible para abandonarnos. Una razón que nunca llegaremos a conocer.

ARTUS - ¿Por qué, profesor?

PEMROSE - Por el trabajo que cuesta en esta ciudad conocer a una persona, se puede adivinar la lucha que nos costaría reconocer un alma.

ARTUS - Me gustaría saber quién es ella. A lo mejor su nombre está en el bolso.

PEMROSE - A mí también me gustaría conocerla. Desde que la dejamos abandonada en ese parque he sentido esta ciudad temblando como una hoja.

ARTUS - Yo iré también en su busca. (Sale corriendo)

El profesor Pemrose cada vez que se ve más agitado; su sentido metafísico lo coloca casi al borde de la profecía. Por la puerta de la iglesia, salen las cuatro figuras imponentes de los Silver: John, Andrew, Henry y Elena.

HENRY - Buenas noches, profesor Pemrose. ¿Le sucede a usted algo?

PEMROSE - Hay una mujer sola sentada en ese parque helado. Temo por ella. Puede morir.

JOHN - Y eso, ¿que importa? La vida es la única prenda que tenemos de prestado.

ANDREW - Cada día mueren cientos de personas en esta ciudad, sin que podamos evitarlo.

HENRY - Eso forma parte de la liquidación compleja de nuestra civilización humana. Parte de nuestro numerario humano se desvitaliza; otra parte se desmoraliza. Pero siempre nos salvará el sueño de la gran ciudad.

ELENA - Se habrá cansado de estar muerta de pie y ha decidido rendirse al infortunio.

PEMROSE - Escondió su rostro cuando pasamos junto a ella. Tal vez no quiera ser salvada.

HENRY (impresionado por las palabras de Elena) - Esta noche ese parque ha fascinado a muchas personas.

ANDREW - Pero, ¿qué puede haber en ese sitio que tanto le preocupa?

PEMROSE - Muchos árboles de espino latiendo sus rencores ancestrales debajo de la nieve; una maraña tupida y traicionera, un calvario quebradizo y alucinante.

JOHN - ¿Por qué no avisamos a la policía o al cuerpo de bomberos?

PEMROSE - No, por favor, cualquier estrépido de un mundo distinto al de ella, podría asustarla. Es un ser delicado, esquivo, trémulo.

HENRY - ¿Quiénes están dentro del parque?

PEMROSE - Tres de mis amados discípulos: Artus, Alec, Jeremías.

JOHN - ¿Jeremías? ¿Jeremías Gould?

PEMROSE - Si, salió antes que los otros, en busca de un joven despedido de su empleo por culpa de Jeremías. Es un vendedor ambulante. Se llama Carlitos.

ANDREW - ¿Como puede tener mi sobrino relaciones de amistad con un ser tan insignificante?

PEMROSE - Salían juntos, de noche, dando voces por la ciudad, llamando a una mujer escondida en los capiteles de los rascacielos.

HENRY - ¿Quién es esa mujer?

PEMROSE - Yo he oído su nombre antes. Es un nombre consagrado por la desventura: ¿Emma?, ¿Ena?, ¿Malena? Ah sí: Elena se llama. Es un nombre capaz de encaramarse hasta la leyenda.

JOHN - Por lo visto, Jeremías Gould se ha degenerado hasta el punto que ya no puede reconocer la estimación que le corresponde a ciertos nombres.

PEMROSE - Detrás de cada nombre hay un cuerpo que tiene categoría pero hay un alma que vuela errática por un mundo sin compromiso.

ANDREW - La conducta de Jeremías demuestra un deterioro de su sensibilidad alarmante.

JOHN - Esto nos enseñará que nunca la tolerancia es virtud. Vamos, hija.

ELENA - No, padre. Me interesa esa mujer sola sentada en un parque helado. Necesito saber quien es.

JOHN - ¿Te has dado cuenta de lo que estás sancionando con tu presencia?

ELENA - Yo no puedo dejar mi nombre enredado entre esos espinos.

HENRY - Yo acompañaré a Elena, John.

PEMROSE - Lamentaría haber cometido una indiscreción. Quizás he podido discurrir que tratándose de una Elena, posiblemente fuera su hija, la esposa de Jeremías. Recuerdo hasta haber brindado por ella. No es de extrañas que fuera yo quien colocó otra vez el nombre de Elena en el corazón de Jeremías. Les suplico me perdonen. Esta es una noche difícil; he cometido muchos errores.

JOHN - He criado a mi hija con el suficiente rigor para exigir que se le respete su pureza.

PEMROSE - No condene usted a Elena a un destino tan inútil. Yo no he conocido un solo ser, de esos que se creen puros, que en el fondo no sea un profundo egoísta. La vida la crea la contaminación amorosa de todo lo que nos rodea. Hasta el aire inocente que busca nuestras mejillas viene contaminado con el polen de la vida. Sólo que nosotros no somos tan perfectos como otras formas vivientes de la naturaleza.

ANDREW - ¿Cuánto más durará esta espera absurda?

PEMROSE (dolido pero arrogante) - No conozco de ningún instrumento de precisión para medir lo imprevisto.

HENRY - ¿Conocía usted a la mujer que está ahí?

PEMROSE - Esta noche la he visto por primera vez. Apenas he podido entrever su figura recatándose de nuestra mirada. Más por este dato sensible, se puede reconstruir su identidad. Esa mujer hay que salvarla.

Salen Peter, Carlitos, Anitra; la noruega trae a Carlitos fuertemente sujeto a su brazo.

ANITRA - Desde esta noche serás un hombre respetable, Carlitos. Eres un marido; un marido es siempre un hombre importante; tiene mujer propia, muchos hijos, una casa, obligaciones que atender. Todas las chicas te besarán agradecidas de que haya un marido más en el mundo. El patrono me ha dicho que puedes trabajar en nuestro establecimiento, de cajero o en la despensa. ¿No te gusta la idea?

CARLITOS (nublado) - Si, Anitra.

ANITRA - Saldremos juntos al mediodía y volveremos a la media noche. El sábado irás a la taberna del viejo Kosteg, a tomar cerveza caliente y escuchar las historias de los marineros.

CARLITOS - Si, si; como tú dispongas.

ANITRA - El domingo iremos a la playa con nuestras latas de sardinas y galletas de jengibre. ¿Estás contento, Carlitos?

CARLITOS - Sí, Anitra. (Carlitos recibe su primera lluvia de besos nupciales.)

PETER - Te deseo toda clase de felicidades, Carlitos.

PEMROSE - ¿Carlitos? ¿Dónde has estado esta noche, Carlitos?

CARLITOS (con una trágica naturalidad) - Aquí en la iglesia; casándome.

PEMROSE - Jeremías te está buscando en el parque.

CARLITOS - ¿Jeremías? ¿Quién es Jeremías?

PEMROSE - El caballero que se reúne contigo en el bar del Pollo Cartagena.

CARLITOS - Ah, el caballero del frac. ¿Se llama Jeremías?

PEMROSE - ¿No lo sabías?

CARLITOS - Nunca me dijo su nombre ni yo se lo pregunté. ¿Le ha sucedido algo al caballero? En estos días he estado muy preocupado por él. A lo mejor lo han despedido de su empleo, lo mismo que me hicieron a mí.

PEMROSE - Jeremías es un millonario, Carlitos.

CARLITOS - ¿El caballero del frac, un millonario? No; es posible. ¿Cómo puede ser millonario un hombre tan desgraciado, tan amable, tan... desinteresado?

PEMROSE - Jeremías está francamente consternado. Cree que has ido al parque a suicidarte.

CARLITOS - Se ve que el caballero del frac no conoce estos alrededores como los conozco yo. El sitio donde se suicida la gente está al otro lado.

HENRY - ¿Quién es esa mujer que ustedes han estado buscando de noche, por la ciudad?

CARLITOS - Es una mujer un poco rara; a veces se esconde en el fondo de una copa, con la inocencia de un alga temblorosa; otras se oculta entre las luces de los reflectores de las torrecillas más altas. Entonces es como una esfinge de piedra con una cabellera refulgente extendida hasta el suelo.

HENRY - ¿Como se llama?

CARLITOS - Ni nombre tiene. Yo tuve que inventarme un nombre para ella.

HENRY - ¿No ha visto a esa mujer caminando sobre la tierra?

CARLITOS - No, señor.

HENRY (con una violencia súbita) - ¿Está usted seguro?

CARLITOS - Perdóneme usted, señor; pero fuera del caballero del frac, nadie conoce a Elena mejor que yo.

ELENA (con un acento indefinible) - Yo soy Elena.

CARLITOS - No señora, usted no es Elena; Elena es la otra.

ELENA - Yo puedo ser la Elena que Jeremías está buscando. (Baja la cabeza un tanto avergonzada.)

CARLITOS - Hay algo en sus ojos, que no sé por qué, me ha dejado en dudas. (Carlitos como que duda; pero cierto fulgor sobrenatural en la mirada de Elena aviva su fantasía:) ¡Por favor, señora, no se mueva usted de aquí! (Preparándose a correr como un galgo.) Es cuestión de un cuarto de hora. Si usted se nos esconde otra vez, volveremos a perder los empleos. (Sale corriendo hacia el parque, gritando:) ¡Caballero Jeremías! ¡Caballero Jeremías! Soy yo, Carlitos. Caballero del frac, ¡patrón!, la señora Elena ha decidido caminar por la tierra. ¡Está viva, patrón, viva! ¡Caballero del frac, soy yo, Carlitos!

ANITRA (furiosa) - Ha debido usted escoger una noche más oportuna para presentarse. Carlitos puede dislocarse un tobillo en esa carrera. ¿Cree usted justo que me pase mi noche de bodas tratando de arreglarle un tobillo a mi marido? (Corriendo tras de él) - Espérame, Carlitos, espérame.

JOHN (furioso) - Nunca en mi vida me he sentido más humillado.

ANDREW - Al fin logró Jeremías ponernos en ridículo.

JOHN - Ese Carlitos tiene cara de ser un vividor.

PETER - Carlitos es un ser ingenuo que en este momento realiza un acto de amistad. Hace usted mal en calumniarlo.

JOHN - No tengo por costumbre hablar con gente que no conozco.

PETER - Yo soy Peter, empaquetador de objetos frágiles de la Silver and Gould.

PEMROSE - Ten cuidado, Peter; estás hablando con tus patronos.

PETER - Pues ya ven ustedes la venganza sutil que les he puesto en las manos.

ANDREW - Es usted un insolente. Le ordeno que se calle.

PETER - Y yo no me callo. Acabo de apadrinar a Carlitos y debo responder por él.

PEMROSE - Por favor, señores, por favor. ¿Como en un momento tan difícil como éste, se atreven ustedes a reñir?

JOHN - Profesor Pemrose, permítame decirle que no entiendo su conducta de esta noche.

PEMROSE - Yo tampoco me la explico. Hace una hora que no logro explicarme nada de lo que sucede.

ANDREW - No olvide que nuestra familia merece un poco de respeto.

PEMROSE - Me temo que esta noche vamos a tener que faltarnos muchas veces el respeto. Las cosas se van desnudando hacia una verdad por encima de nuestro entendimiento. Esta noche sólo me importa una mujer que he dejado abandonada en un parque helado.

JOHN - Por última vez, Elena, te pido que salgamos de aquí.

ELENA - No padre. Hay algo de mi ser en riesgo.

HENRY - Yo estaré a tu lado, Elena.

ELENA - ¿Quién será esa mujer? ¿Por qué siento parte de su ser latiendo en mis propias venas?

PEMROSE (apesadumbrado, roto) - En ese parque hay una mujer que ha adquirido el derecho a despreciarnos profundamente.

#### E S C E N A C U A R T A

Los que están más Jeremías, con la Enajenada entre los brazos. Con él llegan Artus, Alec, Carlitos, Anitra; más tarde Mabel, Carol, Gus, el Pollo Cartagena; al final Jonathan, Christian, Elizabetta.

JEREMIAS - Se muere, profesor, se muere.

PEMROSE - Haremos todo lo posible por salvarla. (Por el banco:) Aquí podrá reposar un momento. ¡Un abrigo, pronto! (Jeremías se despoja del suyo y la envuelve.)

PETER - ¿Cómo la encontró, señor?



JEREMIAS - Caminando hacia el fondo del parque, con la cabellera suelta, casi insensible. Al verme pretendió huir pero logré atraparla. Tuve que forcejear con ella un largo rato. En eso llegó Alec y entre los dos logramos dominarla.

PEMROSE - Señora, señora, ¿se siente usted mejor? (Pausa angustiosa) No contesta pero sonríe. Todavía tiene pulso.

ANITRA - Tal vez un vaso de leche tibia lograría reanimarla.

HENRY - Si hubiera algún hospital cerca.

ANITRA - Yo avisaré. (Sale hacia el fondo).

PEMROSE (acariciándole los cabellos húmedos) - Es una belleza majestuosa. Tiene toda la gracia de la creación en su rostro empaldecido.

JEREMIAS - ¡Como una mujer tan bella ha podido llegar a tal estado de postración!

PEMROSE - Señora, ¿quien es usted? ¿A quien podríamos avisar para que se sintiera más tranquila? ¿Le gustaría ver a alguien en particular en este momento?

HENRY - Por casualidad, señora, ¿se llama usted Elena?

La Enajenada mueve la cabeza levemente, contestando en la negativa cada una de las preguntas. Después trabajosamente toma la mano del profesor Pemrose y se la besa.

PEMROSE (conmovido) - ¿Por qué me ha besado usted la mano, señora? ¿Por ventura para mí, la conozco yo?

La Enajenada hace un vago gesto de asentimiento.

PETER - He aquí la mujer con la cual me hubiera gustado casarme.

ALEC - Yo creo reconocerla. He visto esos cabellos ondeando sobre mi cabeza como una bandera.

Vuelve Anitra y con ella para el cuadro final entran además Mabel, Carol, Gus, el Pollo Cartagena.

ANITRA - Tome usted un sobro de esta tizana, señora. (Trata de abrirle la boca pero no puede.)

POLLO - Esta es la mujer que una noche recogí desvanecida en mi establecimiento. Fué algo muy extraño. Al marcharse ustedes, se apareció de repente, como si se hubiera colado por las paredes del aire.

PEMROSE (anhelante) - Está agonizando. Casi no tiene pulso ya.

JEREMIAS - Esta mujer no puede morir, profesor, no puede morir. (Se arroja sobre ella, desesperado:) Señora, señora. No nos abandone usted. Desde que ha cerrado usted los ojos, la luz se está enfriando. Tendremos que seguirla llamando eternamente. (Empieza a acariciarle las manos con violencia)

Salen de la iglesia Jonathan, Christian y Elizabetta.

JONATHAN - ¿Que ha pasado? ¿Quien está en ese banco?

ANDREW - Es una vagabunda que han recogido en el parque. Parece que está muriéndose.

JONATHAN (aterrado) - Se está muriendo ¿lo oíste, Elizabetta? Se está muriendo, ¿lo oyó usted, Christian? ¿usted sabía algo de ésto, Christian?

CHRISTIAN - Hace días que no hago otra cosa que andar entre cadáveres.

JONATHAN - Una mujer muriéndose frente a la iglesia donde me caso mañana. Esto es injusto, desagradable, deprimente. Mabel, ¿dónde está Mabel?

MABEL - Aquí estoy, Jonathan.

JONATHAN - ¿No sientes miedo, Mabel?

MABEL - No, Jonathan. Hace mucho tiempo que no siento miedo de nada.

JEREMIAS - Ha vuelto a respirar, profesor.

PEMROSE - Escúcheme, señora; tiene usted que decirnos quien es usted. En esta ciudad es muy penoso morir sin que las autoridades sepan el nombre de la que muere. Su cuerpo será mancillado por manos groseras e inquisitivas. Ayúdenos usted a proteger su cuerpo, ya que no hemos podido proteger su espíritu. ¿Quién es usted, señora? ¿Tiene usted su nombre registrado en la guía de teléfonos?

JEREMIAS - Si no nos dice su nombre la tendrán muchos días en el depósito de cadáveres, esperando que venga alguien a reclamarla.

PEMROSE - Su nombre, señora, su nombre, ¡por favor!

ENAJENADA (hablando por única y postrera vez) - Yo... yo soy la vida (Muere)

Momento de estupor frío y brutal. Todos los personajes quedarán inmovilizados, como quedan los cuerpos tan pronto la vida se extingue en ellos, La luz ya bastante fría, empieza a descomponerse; el ruido de la ciudad a alejarse. Pueden oírse voces confusas y entrecortadas sonando desde arriba, llamándose los unos a los otros, desesperadamente.

